

INTRODUCCIÓN



Esta antología intenta presentar un panorama general del movimiento de ideas y acciones que durante casi un siglo ha incitado a los trabajadores a arrebatarse al capital el poder sobre las empresas y a sustituirlo por la organización de la clase obrera en los centros de trabajo como rectora del proceso de producción. Se trata, en consecuencia, de una antología ecléctica dado que incluye tanto análisis teóricos como narraciones de acciones revolucionarias de trabajadores; en modo alguno pretende ser un trabajo completo. Los orígenes históricos de la idea de la organización de la economía fundada en los consejos obreros ("los productores asociados" decía Marx) no han sido trazados. El hecho de que comencemos por las citas de Marx y Engels de ninguna manera implica que la idea de la autodeterminación y la autogestión de todos los productores haya carecido de antecesores más antiguos.¹ Por lo que se refiere a la ausencia de los sindicalistas revolucionarios en esta antología, ella no se debe a que sus contribuciones hayan sido nulas, sino a la circunstancia de que las contribuciones anteriores a la Revolución Rusa raramente han sido objeto de generalizaciones teóricas que vayan más allá de la idea de la organización de la producción socialista a través de los sindicatos de industria expresada en la forma más sucinta por Daniel de León. Después de 1917, se confunden con la idea de un sistema de consejos "formados desde la base" que volvemos a encontrar expresada de manera más amplia, y mejor, por los *Radenkommunisten* de la escuela de Pannekoek y de Gorter, incluidos en este libro.²

¹ Daniel Guérin (*L'anarchisme*. Ed. Gallimard, París, 1965, pp. 52 y ss.) se equivoca cuando ve en Proudhon al padre de la idea de la autogestión. Owen y sus discípulos habían desarrollado esta idea mucho antes que Proudhon y no creemos que hayan sido los primeros. En febrero de 1819, los obreros ingleses del tabaco, después de once semanas de huelga, comenzaron a organizar ellos mismos la producción por su propia cuenta... (E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*. Pelican Book, Ed. Penguin Books, Londres, 1968, p. 869). Y debe agregarse un ejemplo más —sin duda tampoco el primero—: de los sastres franceses que, en 1833, establecieron el principio de no trabajar ya sino en asociación eliminando a los patrones. Este ejemplo indica claramente cómo la idea de la autogestión puede tener un origen precapitalista y corporativista.

² Véase por ejemplo Rudolf Rocker, *Die Prinzipienklärung des Syndikalismus*. Existe una literatura francesa bastante amplia, anterior a 1914, sobre la organización de la producción por los sindicatos después de la revolución social. A este respecto consúltese, por ejemplo, Charles Albert y Jean Duchêne, *Le socialisme révolutionnaire*. Ed. de la Guerre Sociale, París. Actualmente se olvida que

Para hacer la elección de los materiales de esta antología, hemos tenido presentes dos objetivos: demostrar el carácter *universal* de la tendencia de los trabajadores a apoderarse de las empresas y a organizar la economía y la sociedad sobre la base de los principios que corresponden a sus necesidades de autodeterminación; y trazar la evolución de la teoría de los consejos obreros conforme a una lógica interna movida por las contradicciones internas de la teoría y determinada en último análisis por la evolución del sistema capitalista mismo, así como por la autocrítica de las experiencias prácticas dirigidas a superar este sistema.

Para subrayar el carácter universal del movimiento, deliberadamente hemos incluido narraciones —poco conocidas por el movimiento obrero europeo, algunas veces— de experiencias de consejos obreros y de control obrero en diversos países no europeos. En realidad, estas experiencias se han producido ya en los cinco continentes y, en el momento en que redactamos este prefacio, recibimos informes del inicio del movimiento del control obrero en Australia y Canadá. En Ceilán, los obreros y empleados de la Sociedad Nacional de la Pesca, después de una huelga victoriosa, expulsaron a los directores y ellos mismos dirigieron la empresa durante largas semanas. ¿Es necesario recordar que, en el curso de la huelga general más amplia que hasta la fecha ha experimentado Argentina, la de 1964, alrededor de tres millones de obreros ocuparon 4 000 empresas e iniciaron la organización de la producción por sí mismos? Un film conmovedor, *La hora de los hornos*, fue consagrado a este hecho cumbre de la lucha de clases en América del sur.³

Por eso hemos preferido citar esos ejemplos a enumerar todas las experiencias europeas que, algunas veces, sólo son una imitación de lo que tiene lugar en sus países vecinos. De modo que esta antología incluye experiencias de consejos obreros y de control obrero en Canadá, Estados Unidos, China, Bolivia e Indonesia, pero pasa por alto las experiencias austriaca, polaca y finlandesa, que se hallaban conformadas de manera muy cercana a los modelos alemán y ruso del periodo 1918-19.

En lo que concierne a la evolución de la doctrina del control obrero, la gestión obrera y el poder obrero, ella se expresa en toda su plenitud y con todas sus contradicciones en las páginas mismas de sus principales

incluso Jean Jaurès en otro tiempo pregonó (en *Revue Socialiste*, agosto de 1895) una idea análoga de autogestión de las ramas industriales organizadas en sindicatos, eligiendo sus propios jefes, contramaestres, consejos, etc. Pero Jaurès atempera esta idea de autogestión sindical por la creación de un organismo económico supremo, que denomina "consejo central de la economía", donde se reunirán los representantes electos por los sindicatos (consejos federales) de todas las industrias, y los representantes directos de la nación en su conjunto, electos por sufragio universal.

³ En relación con las experiencias de ocupaciones de fábricas en otro país de América del sur, véase: *Las tomas de fábrica*. Centro Colombiano de Investigaciones Marxistas, Ediciones Suramérica, Bogotá, 1967.

teóricos, que citamos con amplitud. La presente introducción estará dedicada a una revisión crítica de dicha evolución.

1] Toda lucha conjunta de trabajadores que rebasa los objetivos inmediatos y estrechamente corporativistas, plantea el problema de las formas de organización de la lucha, problema que contiene en germen un desafío al poder capitalista.

El ministro prusiano von Puttkamer tenía razón cuando pronunció la famosa frase de: "Toda huelga esconde la hidra de la revolución."

Una huelga puramente profesional simplemente tiene por objeto conseguir, para los vendedores de la fuerza de trabajo, una repartición más favorable del nuevo valor que han creado entre ellos mismos y los patronos que se lo apropian. Pero incluso una huelga así, si se lleva a cabo con energía y combatividad, pone en tela de juicio a partes del poder capitalista al tratar de impedirle al patrón comprar "libremente" la fuerza de trabajo, es decir, imponer a los trabajadores una concurrencia mutua, cuando éstos sólo pueden defenderse del poderío financiero del capital trascendiendo la competencia en el seno de su propia clase. Asimismo, la huelga trata de impedirle al patrón introducir a quien le parezca bueno dentro de "su" empresa; ésta es la condición para el éxito de toda huelga. Por ello mismo, la huelga también pone en tela de juicio el derecho de la burguesía colectiva —del Estado burgués— a controlar los caminos y la circulación; la función de los piquetes de huelga es desempeñar el papel de "la policía de tránsito de los huelguistas" alrededor de la empresa en huelga en el lugar y en sustitución de la policía burguesa.

La huelga pone en discusión incluso la ideología burguesa dominante (incluido el derecho burgués) al revelar que aun el Estado burgués más "liberal", al defender principios abstractos tales como "la libertad de trabajo" o "el derecho a circular libremente por los caminos" (de acceso a las fábricas), lejos de proclamar su "neutralidad" o su papel conciliador dentro de la lucha de clases, interviene activamente al lado del capital y en contra del trabajo. Pues la huelga es la afirmación del derecho de los trabajadores a luchar en contra de "la libertad de explotación" y de luchar en favor del control sobre la mano de obra por parte de la colectividad de los propios trabajadores. Por lo demás, la ideología dominante no es solamente burguesa, sino que es algo contradictorio. Al proclamar la "libertad del trabajo", impide a la mayoría de los trabajadores en huelga el ejercicio del derecho de no trabajar en condiciones que no le convengan sin garantizarle al mismo tiempo la posibilidad de trabajar permanentemente (el pleno empleo). La "libertad del trabajo" no es, en consecuencia, sino la libertad del capital para comprar la fuerza de trabajo cuando le parece bueno y le conviene, y el conjunto de condiciones sociales, jurídicas e ideológicas que obligan al trabajador a vender su fuerza de trabajo en esas condiciones. Todos sus derechos verdaderos son piso-

teados, y el único "derecho" que subsiste es el de no morir de hambre... ; sometiéndose a las condiciones del capital!

Pero esto que sólo se halla potencialmente presente, en germen, en una simple huelga profesional, tiene tendencia a afirmarse más claramente una vez que la huelga se amplifica. Cuando se pasa de una huelga en una sola empresa a una huelga en toda una rama industrial de vital importancia; cuando de una huelga en una rama industrial se pasa a una huelga general local, regional, y, sobre todo, nacional; cuando se transforma una huelga —en el curso de la cual los trabajadores abandonan la empresa— en una huelga con ocupación de las fábricas, de los talleres y las oficinas; y cuando la huelga con ocupación pasiva evoluciona finalmente a la huelga con ocupación activa (en la cual los trabajadores reanudan el trabajo bajo su propia dirección), y todo el potencial impugnador del simple "conflicto de trabajo" se desarrolla hasta sus últimas consecuencias, tiene lugar una prueba de fuerza para determinar quién manda en la fábrica, en la economía y en el Estado: la clase obrera o la clase burguesa.

Es en la organización que forman los trabajadores para llevar a cabo su lucha con el mayor número de probabilidades de éxito, donde se pone de relieve de la manera más clara ese "contra-poder" embrionario que la huelga hace surgir. Tan pronto como la huelga alcance cierta amplitud y duración, todo comité de huelga eficaz que la dirija con suficiente combatividad se verá obligado a crear en su seno, y con los propios huelguistas, comisiones encargadas de recolectar y distribuir los fondos de sostenimiento; comisiones para distribuir víveres y ropa entre los huelguistas y sus familiares; para evitar el acceso a la empresa; para organizar el esparcimiento de los huelguistas; para defender la causa de los huelguistas ante la opinión pública obrera; para obtener información acerca de las intenciones del adversario, etc., etc. Vemos aquí los gérmenes de un poder obrero que organiza departamentos de finanzas, de avituallamiento, de milicias armadas, de información, de esparcimiento y aun de servicios confidenciales. Tan pronto como la huelga pasa a ser activa, se articulan lógicamente con estos departamentos, un departamento de producción industrial, de planificación e incluso de comercio exterior. El futuro poder obrero, aunque sólo exista embrionariamente, manifiesta ya la tendencia que le es exclusiva: tratar de asociar el máximo de participantes al ejercicio del poder, superar en la medida de lo posible la división social del trabajo entre administrados y administradores, división que es propia del Estado burgués y de todos los Estados defensores de los intereses de clases explotadoras en la historia.

A partir del momento en que tiene lugar una huelga general local, regional y nacional, estos gérmenes de poder obrero se manifiestan y desarrollan en todas las direcciones. Incluso bajo la dirección de dirigentes relativamente moderados, y para nada revolucionarios, los comités cen-

trales de huelga de una gran ciudad proletaria se ven obligados a encargarse de la organización del avituallamiento y de los servicios públicos.⁴ En Lieja, Bélgica, durante las huelgas generales de 1950 y de 1960-61, la dirección de la huelga reglamentaba la circulación de automóviles dentro de la ciudad, y prohibió el acceso de todo camión que carecía de un salvoconducto del comité de huelga. La población, incluida la burguesía, reconociendo el poder de hecho, se sometió y rindió al sitio de los sindicatos para poder obtener estas autorizaciones, del mismo modo que, en tiempos normales, se somete a la Municipalidad. Aquí ya no estamos en presencia de un germen, el embrión se ha desarrollado hasta el punto en que el nacimiento se hace posible.

Una huelga puede ser dirigida burocráticamente por un sindicato, es decir, por funcionarios demasiado alejados de los centros de trabajo, que sólo se presentan de vez en cuando para tomarle el pulso a sus subordinados. También puede estar dirigida democráticamente, es decir, a través de asambleas de huelguistas sindicalizados que tienen en sus manos las decisiones acerca del desarrollo de su lucha. Pero la forma más democrática que se puede dar a la dirección de la lucha es evidentemente la de un comité de huelga elegido por el conjunto de los huelguistas, sean sindicalizados o no, y que se somete democráticamente a las decisiones de las asambleas generales de huelguistas que se convocan con toda regularidad.

En este último caso, la huelga comienza a rebasar sus funciones inmediatas porque, al organizar la lucha de manera tan democrática, no sólo se aseguran el triunfo de la huelga y la realización de los objetivos elegidos libremente, sino también comienza a liberarse al obrero individual de las viejas costumbres de la pasividad, sumisión y obediencia dentro de la vida económica; a liberarle del peso de las diferentes "autoridades" que cotidianamente lo aplastan. En consecuencia, se inicia un proceso de desenajenación, de emancipación en el sentido real del término. De un ser que se halla determinado por el régimen económico y social, por el capital, las "leyes del mercado", las máquinas, los supervisores y tantas otras "fatalidades" más, el obrero comienza a devenir en un ser que se determina a sí mismo. Por eso todos los observadores atentos siempre han subrayado las explosiones de libertad y verdadera "alegría de vivir" que acompañan a las grandes huelgas en la historia contemporánea.

Cuando tiene lugar una huelga general o por lo menos local, y surgen, no sólo en una empresa, sino en toda la ciudad —y con mayor razón cuando ocurre en toda una región o en todo un país—, comités de huelga democráticamente electos y apoyados por asambleas generales de huelguistas; cuando estos comités se federan y centralizan al crear un

⁴ Véase en esta antología los ejemplos de los comités de huelga de Seattle en 1919 y de Nantes en 1968. También: Yannick Guin, *La Commune de Nantes*. Ed. Maspero, París, 1969.

organismo donde se reúnen regularmente sus delegados, nacen los *consejos obreros territoriales* que constituyen la célula de base del futuro Estado obrero, el primer soviét de Petrogrado⁵ era justamente esto: un consejo de delegados de comités de huelga de las principales empresas de la ciudad.

2] Pero si bien toda huelga amplia, duradera y combativa contiene en germen la creación de semejante poder de impugnación al poder del capital, son muchas las exigencias requeridas para que este germen se desarrolle. Dicho en otras palabras: normalmente, este germen no tendrá desarrollo alguno. Y es que entre la impugnación potencial y la impugnación efectiva del régimen capitalista no sólo existe una diferencia de grado, una diferencia de amplitud del movimiento, de número de huelguistas, del impacto que produce la huelga sobre la economía capitalista nacional. La diferencia que existe entre una impugnación potencial y una impugnación efectiva es un determinado *nivel de conciencia* de los trabajadores: si no se toma toda una serie de decisiones conscientes, ninguna huelga puede poner en discusión el régimen capitalista, ningún comité de huelga puede transformarse en soviét.

Nos enfrentamos aquí con una de las características fundamentales de las revoluciones socialistas y proletarias. En el pasado, todas las revoluciones sociales elevaron al poder a las clases que ya tenían en sus manos las principales riquezas del país, y, en consecuencia, no hicieron otra cosa que sancionar una situación de hecho. La clase obrera, por el contrario, es la primera clase en la historia que sólo puede tomar en sus manos los medios de producción y la riqueza nacional hasta el momento en que se emancipa y conquista el poder. Sin derribar el poder burgués del Estado, la clase obrera no puede apoderarse de manera duradera de las empresas, como tampoco puede eliminar duraderamente el poder estatal del capital sin quitarle el dominio sobre los medios de producción material.

Ahora bien, para derribar el poder estatal de la burguesía, es indispensable una acción política deliberada y centralizada; y organizar una economía planificada y socializada exige, a su vez, medidas conscientes, articuladas y coherentes. En resumen, la revolución socialista, lejos de poder limitarse a un movimiento torrencial, elemental y espontáneo —movimiento que, obviamente, se halla presente en toda revolución popular, y sin el cual sería inconcebible una verdadera revolución social, constituye un conjunto de acciones conscientes que se van ligando unas con otras, dentro del cual la ausencia de uno solo de los eslabones condena a la derrota toda la empresa.⁶

⁵ Véase el texto de Trotsky que se reproduce en esta antología.

⁶ Cf. la ausencia de desarme del viejo Reichswehr en noviembre-diciembre de 1918 en Alemania; la ausencia de una distribución de tierras entre los campesinos en la revolución húngara de 1919; la ausencia de organismos revolucionarios de poder, establecidos y articulados localmente, en España en 1936, etc.

De manera más general, la revolución socialista cuya misión es transformar a la inmensa mayoría de los trabajadores, de los explotados y de los oprimidos de objetos de la historia en sujetos de la historia, de seres enajenados en seres que forjan su propio destino, no puede concebirse sin una participación consciente de la masa que se propone realizar esta tarea. Esta revolución no puede llevarse a cabo a espaldas de quienes están interesados en ella, de la misma manera que no puede aplicarse un plan económico a espaldas de quienes dirigen la economía.

Pero para que el germen de poder dual que se halla presente en toda huelga importante, duradera y combativa, se transforme en realidad plenamente desarrollada es necesario que se cumpla toda una serie de condiciones favorables que hagan posible que la conciencia de clase del proletariado experimente una brusca mutación, dé un “gran salto adelante”. Estas conocidas condiciones son las que crean las situaciones prerrevolucionarias: crisis objetiva del modo de producción (reforzada o no por crisis coyunturales de sobreproducción, denominadas actualmente “recesiones”); crisis del poder del Estado y crisis en los principales dominios de la superestructura; división y fluctuaciones en el seno de la clase gobernante y en el seno del gobierno; descontento generalizado en los estratos medios; descontento acumulado durante largo tiempo y aspiraciones insatisfechas dentro de la clase revolucionaria; confianza creciente de los trabajadores en sus propias fuerzas, y, por tanto, creciente combatividad, lo cual modifica las relaciones sociales de fuerza en favor de los obreros y a costa de las clases dominantes; escaramuzas previas que no hayan terminado, en una serie de casos, con una derrota; consolidación de una vanguardia (que, en esta etapa prerrevolucionaria, no tiene necesariamente que tomar la forma de un partido revolucionario que ya goce de influencia en las masas).⁷

La mayor parte de estas condiciones se cumplen, cualquier chispa puede provocar la explosión. Las huelgas, en lugar de ceñirse a las formas tradicionales de lucha y a los objetivos inmediatos y puramente profesionales, alcanzan el límite de la dualidad de poder. Que este límite sea rebasado o no, depende esencialmente del nivel de conciencia de los obreros de vanguardia, nivel de conciencia en donde, a su vez, intervienen numerosos factores y dentro de los cuales la existencia de una organización revolucionaria y la educación sistemática que ésta haya podido realizar entre las masas en el periodo anterior, desempeñan, evidentemente, un importante papel. Esto ocurrió en Rusia en 1905 y en España en 1936, pero faltó en Italia en 1948 y en Francia en 1968.

La manipulación de la conciencia (e incluso del inconsciente) de los trabajadores por parte de los capitalistas y el Estado, que son los que

⁷ Tal fue el papel que desempeñaron los *revolutionäre Obleute* (hombres de confianza revolucionarios) de los obreros metalúrgicos berlineses en la preparación de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania.

controlan los medios masivos de comunicación, se ha convertido en un tema de moda. Pero los marxistas no han tenido que esperar revelaciones de Marcuse para percatarse de que la ideología dominante en cada época es la ideología de la clase dominante. En el pasado ocurrió esto de la misma manera que actualmente ocurre. El régimen capitalista no duraría ni una semana si el conjunto de los trabajadores fueran liberados globalmente de la influencia de la ideología burguesa y pequeñoburguesa. Pero sería embellecer de manera absurda al capitalismo el afirmar que los trabajadores pueden emanciparse integralmente de la influencia de esta ideología bajo el dominio del capital, dominio que no sólo significa el dominio de la escuela, de la prensa, de la radio y la televisión y el cine burgués, sino también, y sobre todo, el dominio de la economía de mercado, el dominio de la reificación universal, del avasallamiento a través del trabajo asalariado, que es un trabajo forzado y enajenado, y por el trabajo parcelado que no puede sino producir en las masas una "conciencia falsa" de la realidad social.

Lo que caracteriza al dominio del capital es que, por lo general no se ejerce cotidianamente a través de relaciones exteriores de dominación, de relaciones violentas y de dominación política; sólo en periodos de crisis aguda del régimen, la burguesía tiene que recurrir a estos medios de represión masiva para mantener su dominio. Normalmente, dicha dominación se ejerce por medio de las relaciones mercantiles cotidianas que todo el mundo acepta (incluidos los proletarios) como evidentes e inevitables. Todo el mundo "compra" el pan, los zapatos; paga la renta y los impuestos y, a tal efecto, debe "vender" su fuerza de trabajo (excepto si se es propietario de un capital).

Incluso los trabajadores que, por el estudio, la reflexión, la educación política que han recibido y por su capacidad para extraer conclusiones generales de experiencias en luchas parciales, han comprendido que esas relaciones mercantiles capitalistas que no son, en modo alguno, "evidentes" y "naturales", constituyen la fuente de todos los males dentro de la sociedad burguesa, y que, por tanto, pueden y deben remplazarse por otras relaciones de producción; incluso estos trabajadores se ven obligados en la práctica cotidiana a tolerar, sufrir y reproducir, las relaciones capitalistas si no quieren verse condenados a vivir al margen de la sociedad.⁸

De manera que sólo raras veces la lenta acumulación de resentimientos, preocupaciones, inquietudes, de indignación, de experiencias parciales y de ideas nuevas, puede producir vuelcos bruscos en la conciencia de

⁸ Usamos este término en un sentido peyorativo, pero no en el sentido burgués. Para nosotros se convierten en asociales porque no participan ya en un movimiento de emancipación de todos los explotados, sino que se contentan con la ilusión de una emancipación individual en un medio de explotación generalizada.

las masas trabajadoras (o por lo menos de una vanguardia suficientemente amplia e influyente para que abarque a sus estratos determinantes). Repentinamente, las masas sienten de manera instintiva que no es "normal" ni "inevitable" que sea el patrón el que mande; que las máquinas y las fábricas pertenezcan a alguien diferente de aquellos que día con día las ponen en movimiento; que la fuerza de trabajo, fuente de todas las riquezas, se halle rebajada al nivel de una simple mercancía que se compra de la misma manera que se compra cualquier objeto inanimado; que periódicamente pierdan los trabajadores sus ingresos y sus trabajos, no porque la sociedad produzca muy poco sino porque produce demasiado.

Es entonces cuando las masas buscan, instintivamente, modificar *las cosas a fondo*, es decir, la estructura de la sociedad, el modo de producción. Y cuando se percatan de su inmenso poder, que es producto no sólo de su número, de su cohesión y de la fuerza colectiva que genera su unión, sino, ante todo, del poder que adquieren cuando se hallan solas en las fábricas, cuando todo el poder económico se halla de su lado, entonces aquello que está presente en toda huelga amplia y combativa se afirma repentinamente de manera consciente.

Los trabajadores constituyen de hecho un contrapoder; los consejos se arrojan las prerrogativas del poder: intervienen en todos los problemas políticos, económicos, militares, culturales e internacionales del país y oponen sus soluciones de clase a todas las soluciones de la burguesía. Es entonces cuando *una verdadera dualidad de poderes aparece en la superficie*, como ocurrió en Rusia entre la revolución de febrero y la revolución de octubre. Es entonces cuando los consejos obreros actúan como los órganos de un nuevo poder estatal naciente. Y es entonces cuando el enfrentamiento final —la insurrección en el sentido político del término, cuyo grado de violencia dependerá de la resistencia del enemigo— decidirá el problema de quién triunfará: el viejo Estado burgués condenado a morir por la historia (pero que todavía puede sobrevivir si la energía y lucidez de los trabajadores falla en el momento decisivo, si carecen de una dirección revolucionaria adecuada), o el joven Estado obrero naciente.

3] Toda huelga importante contiene en germen la lucha de clases llevada hasta su consecuencia extrema, a saber: poner en discusión el poder del capitalista en la empresa, y de la clase capitalista en la sociedad y en el Estado. Para que esta lucha pueda desplegar toda su lógica, es necesaria una relación de fuerzas favorable. Pero los marxistas no son simples comentaristas de la vida sociopolítica, que se conforman con registrar las relaciones de fuerza como una cosa dada e inmutable, o con calcular simplemente las oportunidades para modificaciones futuras. Los marxistas actúan en un sentido preciso: tratan de modificar las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo aumentando la confianza de los trabajadores

en sus propias fuerzas, elevando su conciencia de clase, ampliando su horizonte político, fortaleciendo su grado de organización y cohesión, y forjando una vanguardia revolucionaria capaz de dirigirlos a combates victoriosos.

Pero esto no quiere decir que los marxistas desconozcan los límites que imponen las condiciones objetivas desfavorables a la transformación de los organismos de autogestión y autodefensa en organismos de dualidad de poder bajo circunstancias determinadas. Fue conmovedor constatar que, después de más de veinticinco años de fascismo y de dictadura militar senil, los trabajadores españoles redescubrían instintivamente las formas de organización en los centros de trabajo que están ligadas a las mejores tradiciones de la revolución española: *las comisiones obreras*.⁹ Las direcciones moderadas y oportunistas del movimiento obrero español clandestino (incluida la del PC español) han tratado de transformar y legalizar estas comisiones en simples sindicatos, tarea que, por lo demás, encajaba dentro de los propósitos y preocupaciones del patronato español. Los trabajadores españoles instintivamente comprendieron que, en las condiciones de la dictadura directa del capital, limitar las actividades de estas comisiones a reivindicaciones y acciones puramente económicas, era inoperante. *Las comisiones obreras* lucharon tanto por reivindicaciones democráticas, como por reivindicaciones materiales; tanto en favor de las víctimas de la represión y de la justicia de clase, como por el reconocimiento de su derecho a negociar en nombre de todos sus compañeros de trabajo. Pero no podían convertirse en órganos de dualidad de poder porque la dictadura no se hallaba a punto de ser derrocada por un potente ascenso revolucionario de masas.

La vanguardia marxista revolucionaria no puede "provocar" las situaciones prerrevolucionarias y menos aún las revoluciones. Éstas son resultado de la concordancia de un gran número de cambios "moleculares", "subterráneos", entre los cuales solamente algunos pueden ser influidos por la acción consciente, otros pueden ser previstos y otros aun escapan a toda predicción precisa, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos. Pero lo que la vanguardia revolucionaria puede y debe hacer es preparar las condiciones propicias para que los trabajadores puedan abrir una brecha hacia el socialismo conquistando la dualidad de poder al término de un periodo prerrevolucionario y haciendo desembocar al periodo revolucionario en la conquista del poder.

Esta preparación conjuga cuatro factores principales. Primero, la difusión en el seno de la clase obrera¹⁰ de temas programáticos que la pre-

⁹ Para las comisiones obreras, véase especialmente: *Le Commissioni operaie spagnole*. Musolini Editore, Turín, 1969.

¹⁰ Precisemos que, en este contexto, utilizamos el término de "clase obrera" como aplicable a todos aquellos que venden su fuerza de trabajo y cuya actividad es indispensable para la producción y realización de la plusvalía.

paren para reaccionar en determinado sentido, objetivamente revolucionario, en el momento en que estalle una lucha generalizada. Segundo, la educación, en las empresas, de militantes de vanguardia que encarnen este programa y logren suficiente audiencia y autoridad entre sus camaradas de trabajo para poder emprender la lucha por la dirección de las masas cuando estalle un combate generalizado. Tercero, el agrupamiento de estos militantes dentro de una organización nacional e internacional donde se fundan con los trabajadores manuales e intelectuales, los estudiantes, los campesinos pobres revolucionarios de otras fábricas, regiones y países, para superar de esta manera la estrechez de horizontes que es inevitable en todo obrero que sólo conoce una experiencia de lucha limitada, y neutralizar los efectos de la división del trabajo y de la conciencia incompleta y por tanto falsa que le es propia, y elevarse, por medio de una *praxis* revolucionaria universal, a una teoría que capte los problemas del imperialismo y de la revolución socialista en su conjunto, y, en consecuencia, pueda perfeccionar la práctica y llevarla a un nivel de coordinación y eficacia mucho más elevado. Por último, la capacidad de esta organización de vanguardia (o por lo menos de algunos sectores suyos) para superar la etapa de la propaganda y la crítica literaria, y ser capaz de realizar acciones ejemplares que muestren de manera práctica a los trabajadores cuál es el sentido de la estrategia socialista revolucionaria que los marxistas oponen al reformismo y neoreformismo de las organizaciones burocratizadas tradicionales del movimiento obrero.

Esta estrategia de reivindicaciones transitorias —que se conoce en Bélgica con el nombre de "reformas de estructura anticapitalistas"— tiene por objeto sacar a las acciones de los trabajadores de una contradicción que es inherente al movimiento obrero, al menos en los países imperialistas, desde que existen las organizaciones de masas. Por la fuerza de las cosas, las *acciones* de los trabajadores siempre están orientadas hacia objetivos inmediatos (reivindicaciones materiales; legislación social; conquista de los derechos políticos; lucha contra las represiones o los golpes de estado reaccionarios, etc.). La actividad de las organizaciones que se reclaman del movimiento obrero siempre se ha centrado en torno a objetivos inmediatos junto a los cuales va unida o no una propaganda abstracta en favor del "socialismo" (o de la "revolución socialista", o de "la dictadura del proletariado", etcétera).

Así pues, *el fin histórico a alcanzar por el movimiento obrero siempre ha estado desligado de las luchas prácticas cotidianas* y esto es válido tanto para los reformistas de viejo y nuevo cuño (para quienes, para parafrasear la famosa expresión de Bernstein, los objetivos inmediatos son todo y el objetivo final no es nada), como para los "extremistas de izquierda" más radicales, que rechazan con desprecio toda lucha por objetivos inmediatos y sólo aceptan como válida la lucha que tiene por objeto la "conquista del poder" (o "la conquista de las empresas", o "la

destrucción del Estado", etc.). Por lo demás, en la práctica, estas dos actitudes se vinculan dado que ambas tienen como consecuencia la separación radical entre la lucha cotidiana real de los trabajadores y el objetivo del derrocamiento del capitalismo.

La estrategia de las reivindicaciones transitorias trata de superar esta separación. A tal efecto, parte de la constatación de un hecho que ha permitido hasta ahora sobrevivir al régimen capitalista: el hecho de que las reivindicaciones inmediatas, aun las más radicales, podían integrarse perfectamente dentro del régimen, podían realizarse sin una "impugnación global" del modo de producción, en la medida en que no ponían en discusión la cuestión fundamental: la cuestión del dominio del capital sobre las máquinas y el trabajo.

Es cierto que, en esencia, depende de la coyuntura económica, de la gravedad de la crisis estructural que afecte al capitalismo en decadencia, el punto en que el capitalismo se resistirá a conceder tal o cual aumento de salarios, a que se ejercite libremente el derecho de huelga o la libre negociación de los salarios. Pero cualquiera que sea la gravedad de sus contradicciones internas, a la larga ninguna de estas reivindicaciones es inasimilable y mortal para el régimen capitalista, ya que preferirá concederlas en caso de verse enfrentado a un movimiento cuya amplitud amenace incluso con arrancarle el poder. En efecto, si el capitalismo conserva el poder, existen mil medios para neutralizar la naturaleza explosiva de estas conquistas a través de la economía.

Pero si, partiendo de las preocupaciones inmediatas de los trabajadores, se formulan reivindicaciones *que no son integrables dentro del régimen*, y los trabajadores están plenamente convencidos de la necesidad de luchar por estas reivindicaciones, se establece una fusión entre la lucha por los objetivos inmediatos y la lucha por el derrocamiento del capital. Porque, en estas condiciones, la lucha por reivindicaciones transitorias se convierte, por su propia lógica, en una lucha que pone en discusión los fundamentos mismos del capital y ante la cual éste no puede más que oponer una resistencia feroz. *El ejemplo más típico de una lucha por una reivindicación transitoria, es la lucha por el control obrero.*

4] Anteriormente, la lucha cotidiana de clases giraba en torno a los problemas de la repartición, entre el capital y el trabajo, del nuevo valor creado por el trabajo. Las reivindicaciones políticas que en dichas luchas se incluían (por ejemplo, la lucha por el sufragio universal), tenían por objeto proporcionar instrumentos suplementarios de lucha encaminados a hacer más favorable para los trabajadores esta repartición (arrancando una "legislación social", etc.). Sólo en los periodos de crisis agudas, se planteaba el problema de la "socialización" de ramas industriales (por ejemplo, al finalizar la primera guerra mundial). Pero esto era más bien por razones que resultaban de la experiencia de los trabajadores en lo

que concierne al funcionamiento o no funcionamiento de dichas ramas industriales, que en función de consideraciones políticas generales.

En el curso de las últimas décadas, el eje de la lucha de clases se ha desplazado progresivamente en otra dirección, no debido a la agitación o conspiración maligna de los marxistas, sino debido a la evolución del propio modo de producción capitalista. Por una parte, la tercera revolución industrial implica un acartonamiento del ciclo de reproducción del capital fijo, una aceleración en el ritmo de innovación tecnológica, lo que, para los trusts monopolistas, entraña la necesidad de planificar, de manera precisa, la amortización del capital fijo y la acumulación del nuevo capital fijo, es decir, efectuar una planificación de los costos (incluidos los costos salariales), y tender hacia una "programación económica" nacional y aun internacional. Por otra parte, el régimen capitalista a escala mundial, que después de la segunda guerra mundial ha experimentado un debilitamiento aun mayor del que experimentó después de la primera guerra mundial, ya no puede permitirse el lujo de presenciar pasivamente las catastróficas crisis de sobreproducción del tipo de la crisis que tuvo lugar entre los años de 1929 a 1932. En consecuencia, se ve obligado a hacer intervenir todo un registro de técnicas anticrisis fundadas esencialmente en la inflación del papel moneda y del crédito.

Estas dos tendencias modifican profundamente las condiciones en las cuales se desarrollan las escaramuzas tradicionales entre el capital y el trabajo dentro del cuadro de la democracia burguesa parlamentaria. Los trusts monopolistas tratan de evitar las huelgas a toda costa, y de integrar, para tal efecto, los aparatos sindicales dentro de los organismos estatales cuya función es "planificar" los salarios, de la misma manera que "planifican" el "crecimiento económico" (política de ingresos, programación social, política "dirigista" en materia de salarios). Cuando la autoridad de los aparatos sindicales se ve minada por la aplicación, a largo plazo, de estas prácticas, se hace indispensable sancionar las "huelgas locas" (*grèves sauvages*) para mantener la eficacia momentánea del sistema.¹¹ Por lo demás, cuando existe un clima económico general de inflación que coincide con transformaciones tecnológicas aceleradas, la atención de los trabajadores se desplaza, inevitablemente, hacia los problemas de la organización del trabajo, de las formas de remuneración, de las cadencias del trabajo, de la seguridad del empleo, de la orientación de las inversiones, tanto más cuanto que se tiene la impresión (no siempre de manera justificada, por otra parte) de que, en las condiciones de empleo pleno o de casi empleo pleno, las reivindicaciones salariales serán satisfechas de todas maneras.

Este desplazamiento es tanto más importante, cuanto que la tercera revolución industrial hace surgir una nueva contradicción suplementaria

¹¹ Considérese el empeño con el que el "socialista" Wilson defiende este tipo de penalización.

del capitalismo en el dominio social: tiende a reducir cada vez más al trabajo no calificado y puramente repetitivo en el proceso de la producción. En consecuencia, exige una fuerza de trabajo más calificada, mejor educada, que haya tenido un nivel de enseñanza más elevado que antes (aunque esa enseñanza sea parcelada e inferior a las posibilidades y necesidades objetivas de la ciencia contemporánea). Pero los trabajadores producto de esta formación superior se encuentran bruscamente precipitados en una empresa en la que todas las técnicas refinadas de "relaciones humanas", de "delegación de poderes" y de "formación de ligas de comunicación informales" no pueden ocultar el hecho de que las relaciones capital-trabajo son relaciones jerarquizadas en extremo, relaciones entre los que mandan y los que obedecen.

De esta manera, el centro de gravedad de la lucha de clases se desplaza de los problemas de la distribución del ingreso nacional, a los problemas de la organización del trabajo y de la producción, es decir, al problema de las relaciones de producción capitalistas mismas. En efecto, ya sea que se trate de disputar al patrón el derecho a fijar el ritmo de la cadena, o de disputarle el derecho a elegir el emplazamiento donde se creará una nueva fábrica; o se trate de discutir el tipo de productos que se fabrican en una empresa o de tratar de sustituir a los capataces "supervisores" o los "jefes" designados por los patrones, por compañeros electos por los trabajadores; o se trate de impedir, por parte de los trabajadores, todo tipo de licenciamiento o toda reducción del volumen de empleo en una región, o de calcular, los trabajadores mismos, las fluctuaciones en el costo de la vida: todos estos esfuerzos desembocan, en último análisis, en una sola y única conclusión:¹² el trabajo no acepta ya que el capital sea el amo de las fábricas y de la economía; el trabajo no acepta ya la lógica de la economía capitalista, que es la lógica de la ganancia. El trabajo trata de reorganizar la economía sobre la base de otros principios, los principios socialistas que corresponden a sus propios intereses.

Los estratos más inteligentes de la burguesía son perfectamente conscientes del peligro que implica, para el régimen en su conjunto, esta rebeldía instintiva de los trabajadores en contra de las relaciones de producción capitalista.¹³ También comprenden que esta rebeldía amenaza fu-

¹² En las fábricas Pirelli (Milán), los trabajadores modificaron unilateralmente las cadencias de producción. En las fábricas Fiat (Turín) se han llevado a cabo intentos por impedir la modificación de tipos de producción por parte de los patrones (sustitución de los autos populares por autos de lujo). Además a principios de 1970, se formó un consejo obrero. La cuestión relativa al derecho de veto en contra de las reducciones del volumen de empleo, se ha propagado ampliamente en Bélgica, etc.

¹³ Un capitalista inteligente, como es Bloch-Lainé, comprendió esto desde 1963 cuando señalaba que la insatisfacción de los trabajadores, debido a su enajenación en tanto que productores, podía desembocar en verdaderas rebeliones al primer viraje de la coyuntura (*Pour une réforme de l'entreprise*. Ed. du Seuil, París, 1963, p. 25).

sionarse con la propaganda, la agitación y la acción de la vanguardia revolucionaria en favor del control obrero, y que dicha fusión amenaza con hacer saltar el régimen. Y, por eso, se esfuerzan por canalizar y desviar esta rebeldía (con la ayuda de los aparatos sindicales) hacia la *colaboración* y la *no impugnación* de clase. Éste es el sentido de toda la propaganda que se hace en favor de las ideas de "participación", de "*Mitbestimmung*", de *cogestión* que actualmente lanzan importantes sectores de la burguesía europea (y mañana lanzarán japoneses y estadounidenses). En general, las fórmulas que utilizan son ya suficientemente claras como para permitir su distinción de las reivindicaciones transitorias. La confusión sólo surge cuando el ala izquierda de los aparatos sindicales se apodera de la consigna de control obrero para darle un contenido diferente al que le dan los marxistas revolucionarios.

La diferencia fundamental entre las ideas de "participación" y "cogestión" por una parte, y el concepto de control obrero, por otra, puede resumirse de la siguiente manera: el control obrero rechaza toda responsabilidad por parte de los sindicatos o (y) por parte de los representantes de los trabajadores en la gestión de las empresas; exige, para los trabajadores, un *derecho de veto* en toda una serie de dominios que se refieren a su existencia cotidiana en la empresa o a la duración de su empleo. El control obrero rechaza todo tipo de secretos, toda "apertura de los registros contables" ante sólo un puñado de burócratas sindicales escogidos cuidadosamente y exige, por el contrario, la mayor y más completa difusión posible de todos los secretos que los trabajadores puedan descubrir no solamente al examinar la contabilidad patronal y las operaciones bancarias de las empresas, sino también, y sobre todo, al confrontarlas con la realidad económica que encubren. El control obrero rechaza toda institucionalización,¹⁴ toda idea de convertirse, aunque sólo sea por un período transitorio, en una "parte integrante" de la forma en que funciona el sistema, porque sus realizadores comprenden que su integración implica necesariamente su degeneración en instrumento de conciliación entre las clases.

No se trata de una posición dogmática que dependa de actitudes pasionales e irracionales, se trata, al contrario, de una posición lógica que

¹⁴ Es en este punto donde diferimos de André Gorz que, en *Estrategia obrera y neocapitalismo* defiende una concepción gradualista del control obrero con objetivos "escalonados" y la idea de una sucesión de reivindicaciones intermedias realizables que abrirían una "vía práctica" hacia el socialismo. Esta concepción subestima la necesidad de la movilización revolucionaria de las masas del tipo de la de mayo de 1968 para hacer posible la conquista del control obrero, la estrecha relación entre una movilización de esa naturaleza y el problema del poder político que inevitablemente plantea y la imposibilidad de mantener durablemente el "equilibrio", como dice Gorz, entre el movimiento obrero y el capitalismo, que, en realidad, no es un equilibrio sino una situación de dualidad de poderes extremadamente inestable y frágil.

se desprende del análisis de las tendencias profundas del capitalismo contemporáneo examinadas desde un punto de vista de la lucha de clases.

El capitalismo contemporáneo busca ante todo controlar todos los elementos indispensables para una reproducción ampliada ininterrumpida del capital. Éste es el contenido profundo de la fórmula "programación económica", "el plan o el anti-azar" y otros slogans que expresan, a su manera, las nuevas exigencias que para el capital se desprenden de la reducción del ciclo de reproducción del capital fijo. En consecuencia, al capital le importa poco que ciertos grupos de obreros aumenten sus "derechos" en tal o cual fase del proceso de producción, con tal de que el control del capital sobre el proceso de reproducción *en su conjunto* se mantenga, se consolide y se refuerce.

Dicho de otro modo: cuando sectores determinados de la clase obrera aceptan asociarse a la gestión de "su" fábrica particular, incluso con paridad de votos y con el señuelo de la "participación en los beneficios", no hacen sino asumir "los intereses de la empresa" frente a sus competidores, es decir, aceptar que la concurrencia capitalista se reintroduzca en el seno de la clase obrera, y, por tanto, aceptar también desarmarse frente a los efectos objetivos de esta concurrencia, cuando ésta afecta a esa empresa particular.

En la etapa actual del capitalismo, esto no puede sino servir a los intereses de la clase capitalista, incluso si ello implica un abandono de "principios" que la burguesía no estaba antes dispuesta a abandonar cuando la solidez general de su sistema y la relación global de fuerzas le era más favorable y no hacía necesarios ni útiles tales "sacrificios".

La clase obrera no puede aceptar, a riesgo de una capitulación creciente que rápidamente conduciría a la parálisis total, que el principio de la competencia sea llevado del mercado capitalista y de la sociedad burguesa al seno de su propia organización y conciencia de clase. La clase obrera trata de revertir la evolución económica en el sentido inverso: llevar al seno de la organización económica los principios de asociación, de cooperación y de solidaridad que primero ha experimentado en sus propias organizaciones. Lejos de aceptar la cogestión que la condena a la fragmentación de sus fuerzas, la clase obrera opone el principio del "control obrero", donde el argumento de la rentabilidad individual de las empresas es negado a nombre del principio de la solidaridad colectiva.

"Independientemente de la 'rentabilidad' de tal o cual fábrica, nosotros rechazamos los licenciamientos y el desempleo. Independientemente de los 'intereses de la racionalización', nosotros rechazamos la aceleración de las cadencias. Independientemente de la 'necesidad de acrecentar la productividad', nosotros rechazamos la atomización de los trabajadores en el seno de la empresa que implicaría la introducción de nuevos sistemas de remuneración": tal es el espíritu del control obrero que es necesario difundir en el seno de las masas trabajadoras. Es en este sentido

preciso que debe oponerse la propaganda por el control obrero a las trampas y a los cantos de las sirenas de la "cogestión".

¿Se trata de una actitud "irracional" desde el punto de vista económico? De ningún modo: la base materialista de esta actitud es la convicción —confirmada por la teoría económica— de que la rentabilidad *global* de la economía nacional (o internacional) es superior a la suma de las "rentabilidades individuales", por poco que el sistema de planificación democráticamente centralizado funcione con un mínimo de eficacia.

¿Es utópico esperar que semejante orientación sea adoptada por masas obreras cada vez más amplias "al margen de crisis revolucionarias"? Esta objeción encubre una concepción no dialéctica del desarrollo desigual de la conciencia obrera. Se presupone una correspondencia mecánica entre las convicciones y las acciones de las masas trabajadoras. En realidad, para que amplias masas obreras sean capaces de batirse inmediatamente por el control obrero en una gran explosión de luchas, es necesario que anteriormente hayan estado familiarizadas con esta consigna. Y esta preparación jamás será adecuada si sólo se limita a la propaganda literaria y no se intenta, por lo menos ocasionalmente, pasar de la propaganda a la agitación y a la tentativa de transmitir esta consigna dentro del conjunto de los objetivos fijados en los combates parciales que emprendan los sectores de vanguardia. La experiencia práctica que se desprende de estos combates, su efecto pedagógico entre las más amplias masas, la capacitación que implican para el manejo de esta orientación enteramente nueva, todo ello constituye una etapa indispensable para la maduración de la conciencia de clase revolucionaria.

Evidentemente, lo anterior no significa que, en un periodo de "calma", la agitación y la acción puedan desencadenarse a la ligera en torno de esta explosiva consigna. El problema reside simplemente en que una vanguardia revolucionaria digna de este nombre debe seguir con la mayor atención el impacto de su propaganda en favor del control obrero sobre los sectores avanzados de la clase obrera y, a partir del momento en que el llamado es escuchado y que un número creciente de trabajadores comienza a actuar en ese sentido, su deber no es retroceder sino, por el contrario, buscar una experiencia parcial de acción y agitación. Después de todo, la "diferencia" entre un periodo de "calma" y una fase prerrevolucionaria, ¿no podría acaso superarse justamente a través del eco que provocara la lucha por el control obrero en una fábrica importante, en una ciudad o en una región?

5] Durante mucho tiempo, los reformistas creyeron sinceramente que los gobiernos de coalición con la burguesía constituían "una etapa" hacia los gobiernos "puramente socialistas". La experiencia ha demostrado que estos gobiernos "obreros", al funcionar dentro del contexto del Estado burgués y no poder poner en tela de juicio los fundamentos mismos del

régimen capitalista, no podían sino defender los intereses de clase fundamentales del capital. En realidad, los gobiernos de coalición, lejos de constituir una etapa hacia la "conquista del Estado burgués" por parte de la clase obrera, constituían etapas hacia la integración de los "partidos obreros" dentro del Estado burgués. Y lo que es cierto respecto al Estado, lo es mil veces más en relación a la economía. La economía capitalista solamente puede funcionar sobre la base de la búsqueda de la ganancia máxima. Toda participación por parte de los representantes de los trabajadores en la gestión de la economía, dentro de ese contexto, obliga a "participar" en un esfuerzo continuo de racionalización, lo que implica, particularmente, la reducción periódica en el volumen de empleo. Esta participación, lejos de constituir una etapa hacia la "conquista de las empresas", representaría simplemente una etapa última de integración de los sindicatos dentro del Estado burgués, una etapa última en su transformación de instrumento de defensa de los intereses de los trabajadores frente a la burguesía, en instrumento de defensa de los intereses de la sociedad burguesa frente a los trabajadores.

La idea de conquistar gradualmente la "democracia económica" sin derrocar previamente el poder del Estado burgués y sin la previa expropiación del gran capital es tan vieja como el propio reformismo socialdemócrata. Sus raíces se encuentran en Bernstein, a fines del siglo pasado. Después de la primera guerra mundial, el propio Bernstein podía jactarse de que la práctica de la socialdemocracia internacional se inspiraba en su teoría y no en la de Kautsky y Bebel, quienes se opusieron a él en la gran controversia en contra del "revisionismo".¹⁵

Es cierto que la transformación de los consejos de las empresas de embriones de poder obrero en instrumentos para la colaboración de las clases en el seno de la empresa capitalista, constituye uno de los más importantes "logros" de la socialdemocracia internacional durante los años veinte. Pero incluso entonces se trataba, como sinceramente lo creía Otto Bauer, de dar "un primer paso hacia la forma socialista de producción".¹⁶ Sin embargo, "cuando las relaciones de fuerza se deterioraron", dichos consejos obreros sólo podían desempeñar un papel defensivo. Bajo el efecto de la crisis económica de 1929-33, su integración en la "comunidad de la empresa" se hizo más clara. De instrumentos para la lucha de clase, se convirtieron en instrumentos para la división de la clase obrera.

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, como las relaciones de fuerza se modificaron una vez más en detrimento de la burguesía, la idea de la "cogestión" podía renacer de sus cenizas y acrecentar la

influencia del movimiento obrero en el seno del capitalismo monopolista de Estado gracias a las "nacionalizaciones democráticas".¹⁷ En realidad, las prácticas de colaboración de clase impuestas en esta ocasión no sólo por la burocracia socialdemócrata sino también por la de los partidos comunistas, actuó una vez más en favor del gran capital, cuyo poder vacante pudo consolidarse y cuyas ganancias se vieron aseguradas:

La idea de ejercer un "control público" sobre la economía a través del gobierno, el parlamento, los municipios, los organismos "paritarios", etc., no es sino una ilusión mientras el poder del Estado y el poder económico real se hallen en manos de la clase burguesa. Los reformistas y neoreformistas justifican su participación gubernamental en las coaliciones con la burguesía, haciendo referencia a esas "victorias" que, examinadas con atención, se manifiestan aún más limitadas y miserables que las obtenidas por la socialdemocracia alemana en los inicios de la República de Weimar.

Un socialdemócrata austriaco de izquierda, Eduard März, que se considera marxista y continúa defendiendo a Marx, representa actualmente la última sobrevivencia de la tradición centrista austro-marxista de la época de los años veinte y treinta. Para él la "cogestión" no es más que una etapa hacia la gestión obrera, del mismo modo que la participación ministerial no es más que una etapa hacia la conquista del poder. Para mantener una orientación adecuada no es suficiente limitarse a una "cogestión en la cumbre", sino también es necesario presionar en favor de una "cogestión en la base", y en consecuencia, "revalorizar la asamblea general de los sindicatos en los centros de trabajo" o "la asamblea general de personal" y llevarla a ejecutar un número creciente de funciones de control y de cogestión.¹⁸ El ala izquierda de los sindicatos de Alemania Occidental y de la socialdemocracia trata de encauzar en un sentido análogo los proyectos que actualmente se hallan sujetos a discusión en la República Federal en relación a la cogestión generalizada en la industria.

Es obvio que los marxistas revolucionarios no tienen ningún interés en perderse en querellas semánticas. Si a la fórmula "cogestión en la base" (*Mitbestimmung am Arbeitsplatz*) se le da exactamente el mismo contenido que hemos dado antes al control obrero, sin añadir ningún elemento de corresponsabilidad en la gestión de empresas capitalistas o en la economía capitalista en su conjunto, entonces la discusión no tiene ningún sentido.

Pero cuando se combina dicha "cogestión en la base" con el funcionamiento de todo tipo de organismos y mecanismos de "representación" de los obreros unidos a los representantes del gran capital, la discusión es

¹⁷ Eugenio Varga, *Economía política del capitalismo*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1972, pp. 70-73.

¹⁸ Eduard März, "La prospettiva storica della cogestione" en *Critica Sociale*, n. 20, 1968, pp. 606-608. Este artículo apareció primero en la revista socialdemócrata austriaca *Die Zukunft*.

¹⁵ Para los orígenes bernsteinianos del concepto de "democracia económica", ver Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, publicado por primera vez en 1899. Nosotros citamos de la edición Dietz, Stuttgart, 1921, especialmente pp. 170 y ss., pp. 186-190, etc.

¹⁶ Otto Bauer, *Die österreichische Revolution*. Viena, 1923, p. 171.

indispensable. La lógica del régimen capitalista hace que dichos organismos inevitablemente se transformen en órganos de colaboración de clases, es decir en órganos de reforzamiento del capital y de debilitamiento y división de los trabajadores. Sin embargo, incluso los representantes más avanzados de los socialdemócratas de izquierda o centristas, en modo alguno excluyen semejante combinación. Nos encontramos, pues, en presencia de una reproducción pura y simple de las ilusiones gradualistas del pasado, no de una lucha por un "control obrero nuevo y diferente".

Una de las formas más astutas —aunque muy antigua— de la desnaturalización de la consigna de control obrero, recientemente ha sido objeto de honores en el seno del Partido Socialista Unificado, particularmente por Gilles Martinet en un libro que tiene como título el concepto mismo de reformismo: *La conquista de los poderes (La conquête des pouvoirs)*. A partir de la constatación innegable de que todo poder de clase dominante, y forzosamente el de la clase capitalista, es siempre un hecho social que se extiende a todos los dominios de la sociedad, los neo-reformistas sacan la conclusión de que es necesario conquistar el poder en todos esos dominios. Pero se olvida que esos "poderes" están articulados, de manera precisa, en torno a dos estructuras privilegiadas: el modo de producción (es decir, el derecho del gran capital a disponer de las principales fuerzas productivas gracias a las instituciones que perpetúan la economía capitalista: la propiedad privada, el salario, la economía de mercado generalizada, la integración dentro del mercado capitalista internacional, etc.) y el Estado burgués. La ilusión gradualista de la liquidación progresiva de los "poderes" capitalistas, es tan infundada como la ilusión de cambiar la naturaleza de un ejército "conquistando" batallón por batallón.

Encontramos la misma concepción gradualista e irrealista en la elaboración de la CFDT, que se nutre de algunas de las experiencias más avanzadas de la "huelga activa" de mayo de 1968.¹⁹ (Nos referimos a la mayoría de la CFDT y no a la tendencia minoritaria encabezada por Krumnov, que defiende posiciones más cercanas a las nuestras.) Se trata de una "autogestión de las empresas" que presupone la desaparición de la propiedad privada, aunque, en modo alguno, en "todas las empresas". Se presenta esta "autogestión" como "el mejor modelo de democratización de la empresa", como la posibilidad que tienen los trabajadores para acceder "al poder de decisión económica".

Pero el problema del "poder de decisión" se separa del problema del poder puro y simple, es decir del poder del Estado y del poder económico. El "plan democrático" aparece (o subsiste) como una cosa exterior a la autogestión; el Parlamento subsiste, también, como una cosa

¹⁹ Gilles Martinet, *La conquête des pouvoirs*. Ed. du Seuil, París, 1968; "Perspectives et stratégie de la CFDT — Inventaire des problèmes", pp. 13-14, del documento especial del n. 1247 del semanario *Syndicalisme*.

diferente del congreso de consejos obreros. La misma autogestión no se ejerce a través de un consejo obrero, sino por una "instancia de dirección elegida por los trabajadores".

Al parecer, no se comprende que semejante "autogestión", sin el derrocamiento previo del poder del Estado burgués, es una utopía total. En caso de derrocamiento del poder estatal burgués, la dualidad entre las "instancias de dirección" económica que actúan al nivel de las empresas, y de los "dirigentes políticos" que funcionan dentro del contexto de una democracia representativa que perpetúa la separación de los ciudadanos en gobernantes y gobernados, no puede sino acelerar el proceso de burocratización que, por lo demás, los militantes de la CFDT afirman tratan de evitar.

En resumen, la confusión entre el "control obrero" que debe exigirse en el seno del régimen capitalista, la "autogestión obrera" que ha de ponerse en práctica después del derrocamiento del dominio del capital, y el poder obrero que debe ser un poder tanto político como económico y articularse políticamente sobre la base de los consejos (soviets) del mismo modo que lo hace en las empresas, esta confusión desemboca en una concepción bastarda en la que subsiste la mayor parte de las ilusiones reformistas, particularmente la de la conquista gradual de la autogestión en el seno mismo del régimen capitalista.

6] Es en el seno de la empresa donde la competencia universal de los individuos, la "guerra de todos contra todos" que es propia de la sociedad capitalista, primero empieza a superarse entre los trabajadores. Es en el seno de la empresa donde se afirman la cooperación y la solidaridad entre todos los compañeros de trabajo, lo que permite a los trabajadores superar su sentimiento de impotencia frente a un patrón infinitamente más rico y más cultivado. La empresa siempre ha sido la célula de base de un "poder obrero".²⁰ Las organizaciones obreras, al alejarse de la empresa, haciéndose más amplias, más complejas, menos transparentes, parecen siempre jerarquizarse, dar origen a delegaciones de poder cada vez más amplias, para acabar por escapar al dominio de sus fundadores y dueños, e, incluso, para volverse en contra de ellos. Así, los datos inmediatos de la existencia obrera se han visto reforzados por

²⁰ Es cierto que en la época de la primera y la segunda revoluciones industriales la concentración en los barrios obreros y en las ciudades proletarias apoyaba y reforzaba la cohesión y los lazos de solidaridad y cooperación de la clase, establecidos fundamentalmente en los centros de trabajo. A este respecto, dos elementos contemporáneos de la civilización capitalista, el automóvil y la televisión, tienden a sustituir esta centralización de antaño por esparcimientos e incluso hábitats descentralizados. En lugar de pasar su tiempo libre reunidos en las Casas del Pueblo y las salas de reuniones, los trabajadores tienden a pasarlo individualmente, lo que debilita la cohesión de la clase y hace aún más vitales los lazos establecidos en la propia empresa.

la experiencia amarga de las organizaciones burocratizadas de masas para dar nacimiento a la idea de que un "poder obrero" sólo puede ejercerse sobre la base de la empresa. El sindicalismo revolucionario y las concepciones de los *Radenkommunisten* retoman así las ideas de origen proudhoniano, que Marx combatió con vigor y cuyo carácter utópico la historia ha confirmado muchas veces.²¹

Los anarquistas más lúcidos habían comprendido dónde estaba el talón de Aquiles del sistema: en la tendencia inevitable de las fuerzas productivas contemporáneas a centralizarse, a devenir cada vez más complejas, a "socializarse" en el sentido objetivo del término, es decir, a incluir en su devenir *simultáneamente* masas enormes de trabajadores productivos y no productivos (en el sentido de producción de valor, no de trabajo socialmente útil). Y habían proyectado un mundo imaginario donde la técnica iría, por el contrario, hacia una división infinita de las empresas y de los productores.²² Esto era un reflejo fiel del aspecto fundamentalmente pequeñoburgués del anarquismo que mezcla a los objetivos comunes con el marxismo y la defensa de las tendencias históricas del proletariado, la prosecución de un ideal calcado de las comunidades artesanales y campesinas del pasado. Pero la realidad ha demostrado que la tendencia *fundamental* de la técnica (que, desde luego, va acompañada constantemente de una tendencia contraria que la niega, pero que no por ello deja de ser dominante) se desarrolla en el sentido de la centralización y de la socialización del trabajo, y no en el sentido de una división cada vez más pronunciada de las empresas ni de una mayor dispersión de los productores.

El carácter utópico de la idea de limitar la emancipación de los trabajadores a la toma de las empresas por parte de los consejos obreros, se sitúa a múltiples niveles. El aspecto más destacado —aquel sobre el cual siempre, hasta ahora, se ha centrado la crítica marxista del sindicalismo— es el de que la negación del Estado de ninguna manera implica que ya se le haya derrocado. Este derrocamiento no puede esperarse como resultado "automático" de una huelga, aunque sea una huelga general con ocupación activa de las fábricas. Acorralada hasta los últimos rincones, la burguesía utiliza todos los recursos de su poder para defender la propiedad privada. La burguesía dispone de un poderoso aparato de represión, policiaco y militar, y de una red de comunicaciones no menos compleja. Este poder no puede disolverse simplemente bajo el efecto de una huelga general. Además, la huelga produce una dispersión

²¹ Véase Pierre-Joseph Proudhon, *Oeuvres complètes*. Ed. Rivière, París; James Guillaume, *Idée sur l'organisation sociale*, 1876, y un buen resumen en Daniel Guérin, *L'anarchisme*. Ed. Gallimard (colección Idées), París, 1965. La respuesta clásica de Marx se encuentra en *La miseria de la filosofía*.

²² Véase la obra de Pierre Kropotkin, *Landwirtschaft, Industrie und Handwerk*, publicada por primera vez en 1898 (nuestra edición es de 1921, Verlag Der Syndikalist. Fritz Kater, Berlín).

parcial del poder de los trabajadores, no solamente entre diferentes empresas, sino aun entre aquellos que ocupan las fábricas y los que, por múltiples razones, permanecen en sus casas. Si no se opone una centralización de las fuerzas obreras al aparato del Estado centralizado del capital, las fortalezas obreras, que se hallan dispersas, pueden ser atacadas y reducidas separadamente por el poder concentrado de la burguesía. Toda la historia confirma plenamente esta lección: los trabajadores no pueden conquistar su emancipación frente al capital, sin derrocar al Estado burgués a través de una acción política centralizada, y sin remplazarlo por un Estado de tipo nuevo, por un Estado obrero.²³

La coordinación de todas las actividades económicas es una exigencia absoluta en el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas. En último análisis, no existen sino dos formas posibles de coordinación: la coordinación consciente y la coordinación espontánea a través del mercado. Quienes rechazan la coordinación consciente bajo el pretexto de que desembocaría fatalmente en la "centralización administrativa" y en la burocratización, y se pronuncian por un "poder obrero" fraccionado y descentralizado por empresa, en la práctica actúan en favor del renacimiento generalizado de la economía de mercado cuyos efectos enajenantes no son menos nocivos que los de una burocracia centralizada.²⁴

La emancipación de los trabajadores no sólo exige la abolición de la propiedad privada, de la dominación del capital sobre el trabajo y la desaparición de las relaciones mercantiles, fuente de reivindicación y de enajenación; sino también exige la desaparición gradual de la división social del trabajo, de la parcelización de las tareas, de la separación entre las funciones administrativas y las funciones productivas. En consecuencia, dicha emancipación necesita no de trabajadores apegados a "su" empresa y que defienden celosamente "su empleo" (cuando no, lo que es aún peor, "su" participación dentro de las "ganancias" obtenidas por "su" empresa), sino más bien de trabajadores para los cuales, sobre la base de un nivel de consumo anual garantizado, sea familiar la realización de tareas múltiples y, con ello, una enorme extensión de horizonte, de las informaciones y de la cultura. Todo esto es muy diferente a una actividad "emancipadora" centrada exclusivamente en la empresa, o, peor aún, en el "rendimiento" de ésta.

Si la idea sindicalista y proudhoniana de una apropiación de los medios de producción por parte de los trabajadores de cada fábrica ya es

²³ En relación al problema general de la burocracia en el Estado obrero, sus orígenes y los medios de combatirla, véase Fernand Charlier, "The Roots of Bureaucracy and Ways to Fight it", pp. 253-274, en *Fifty Years of World Revolution*. Ernest Mandel editor, Merit Publishers, Nueva York, 1968.

²⁴ Tal es la experiencia dolorosa de Yugoslavia sobre todo después de la reforma económica de 1965. En el capítulo IX de esta introducción nos ocuparemos de la "economía socialista de mercado" y de sus interferencias con la dinámica de la burocratización.

utópica, la idea de semejante apropiación por parte de las empresas "cooperativas" aisladas o "autoadministradas" en el seno de la sociedad capitalista —según el modelo de las cooperativas de producción o los kibbutz israelíes— lo es más aún. En la medida en que estas experiencias no están condenadas al fracaso (como la mayor parte de las colonias "comunistas" de los Estados Unidos en el siglo XIX), se transforman inevitablemente en empresas que establecen relaciones capitalistas de explotación con el mundo exterior. Sólo en un momento de crisis revolucionaria, cuando la experiencia del control obrero comienza ya a generalizarse, y que, por tanto, no hay peligro de que se queden aisladas, las empresas ocupadas por los trabajadores pueden experimentar los comienzos de la gestión obrera, acelerando de este modo la maduración de la crisis y el momento de la lucha decisiva por el poder a nivel nacional.

Por esta razón, es erróneo remplazar actualmente en el trabajo de agitación la consigna de "control obrero" por la de "autogestión" como consigna central del programa de transición. La función esencial del programa de transición es la de permitir elevar el nivel de conciencia de las masas, a través de movilizaciones, hasta el punto en que comienzan, con sus actos, a derrocar al régimen capitalista. Lanzar agitativamente la consigna de autogestión, es dar por resuelto el problema fundamental que hay que resolver. Creer que las masas trabajadoras de los países imperialistas están listas para tomar de inmediato en sus manos la gestión de la economía, sin haber pasado previamente por la escuela del control obrero, es engañarse y propalar ilusiones perniciosas para la elevación del nivel de conciencia real de las masas.

La función de la agitación en favor del control obrero es justamente hacer que las masas, a través de su propia experiencia, y partiendo de sus preocupaciones inmediatas, comprendan la necesidad de expulsar al capitalista de la fábrica y a la clase capitalista del poder. Cuando se sustituye esta agitación pedagógica por la de la "autogestión", se impide que las masas asimilen esta experiencia, estimulándolas, en la práctica a las reivindicaciones inmediatas, y se corre el riesgo de provocar algunas experiencias aisladas de "autogestión" de las empresas de vanguardia, condenadas a degenerar dentro del cerco capitalista.

Otro resultado pernicioso de un inicio de aplicación práctica de la autogestión obrera en el seno del modo de producción capitalista, al margen de una situación revolucionaria, reside en su tendencia a transformar la energía de la vanguardia obrera, disponible para fines de agitación, en energía productiva. En lugar de organizarse dentro de la fábrica ocupada con vistas a extender la lucha a otras fábricas de la misma ciudad, la región, la rama industrial y aun del país, los obreros que reinician la producción por su cuenta deben concentrar todos sus esfuerzos en la organización de una producción tanto más amenazada cuanto más aislada

se encuentra. En lugar de situarse en el terreno donde son más fuertes —el de la lucha de clases que se generaliza— se colocan en el terreno donde su inferioridad es manifiesta: el terreno de la competencia del mercado capitalista.

7] Los consejos obreros surgidos de una huelga o de un gran combate revolucionario, creados dentro del cuadro de la lucha por el control obrero o de un enfrentamiento de los trabajadores con el poder represivo del Estado, constituyen los órganos naturales para el ejercicio del poder por parte del proletariado.²⁵ Desde los "comités obreros" a que se refiere Marx en 1850 basado en la experiencia de la revolución de 1848, los comités de la Comuna de París y el soviet de Petrogrado de 1905, hasta los soviets que tomaron el poder en la revolución de octubre y los consejos obreros creados en el curso de las revoluciones alemana, austriaca, húngara, española, la segunda revolución húngara y otras, esta forma de organización del poder proletario se ha impuesto siempre en la práctica revolucionaria por razones obvias.

Esta forma de organización es de una gran flexibilidad; hace posible articulaciones alternativas tanto en el plano territorial como funcional (soviets de obreros, de soldados, de campesinos pobres, de estudiantes, de marineros, etc.). Asimismo, permite incorporar al máximo a la masa de combatientes en el ejercicio del poder, y superar en gran medida la separación que existe entre las funciones legislativas y las funciones ejecutivas. Facilita el control de las masas, la transparencia de las operaciones, la elegibilidad y la revocabilidad de los elegidos; crea, sobre todo, un marco ideal para la democracia proletaria y socialista, porque constituye un teatro donde las diversas tendencias y partidos obreros pueden combatir ideológica y políticamente, a la vez que un límite racional a esta lucha: el pacto de unidad de acción, el mínimo de disciplina aceptada, frente al enemigo común, que constituye la condición mínima para participar dentro de la vida de los consejos (¡no se puede participar en un comité de huelga sin ser huelguista!), pacto cuyo respeto las propias masas vigilan con tanto celo como vigilan el respeto a la democracia obrera.

Es poco probable que en las revoluciones futuras se inventen formas de organización del poder obrero enteramente nuevas, como es poco probable que dichas formas sean simples calcas de lo que fueron los soviets rusos en las diferentes etapas de la revolución dentro del viejo imperio de los zares. De modo que conoceremos numerosas variantes del tipo de organización modelada sobre el consejo obrero; pero las características fundamentales esbozadas anteriormente volverán a encontrarse, sin

²⁵ Corresponde a Trotsky el honor de haber sido el primero, desde 1906, en comprender el valor universal de los soviets (véase el texto que se reproduce en esta antología).

duda alguna, la mayor parte de las veces.

La experiencia particular de la deformación, a partir de la degeneración burocrática del Estado obrero en la URSS, y sobre todo la experiencia de la dictadura stalinista, ha creado una inmensa confusión en relación a las potencialidades democráticas de un Estado fundado sobre el poder de los consejos obreros. Experiencias ulteriores, tales como el sofocamiento, por medio de la violencia, de los consejos obreros de Hungría en 1956, y el sofocamiento, menos violento pero no menos pernicioso, de los comienzos de la democracia socialista en la República Socialista de Checoslovaquia después de agosto de 1968, han confirmado, al menos a los ojos de los observadores más objetivos, la contradicción que existe entre la dictadura stalinista y el Estado fundado sobre los consejos obreros, más que confirmar su pretendida identidad. Sin embargo, aún subsiste mucha confusión acerca de esto, y los mitos defendidos encarnizadamente por los dirigentes soviéticos y sus satélites, respecto a la doctrina leninista del Estado, no sirven sino para llevar agua al molino de quienes niegan que, al margen del cuadro de la democracia parlamentaria burguesa, sea posible una forma superior y real de democracia.

Recordemos pues, a este propósito, algunas verdades elementales. Marx y Lenin nunca sostuvieron el principio absurdo según el cual, dentro del marco de la dictadura del proletariado, sólo habría lugar para un solo partido, o según el cual la propia clase obrera sólo estaría representada por un solo partido. Por el contrario, toda la experiencia del movimiento obrero demuestra que la multiplicidad de las tendencias y de los partidos que se reclaman de la clase obrera corresponde tanto a una diferenciación social, como a las diferencias ideológicas inevitables en el seno del proletariado.²⁶ El derecho de tendencia y la libertad de formar nuevos partidos —respetando la legalidad socialista— no sólo responden a esta realidad, sino también a exigencias de eficacia manifiestas. Numerosos problemas que enfrenta el poder obrero son problemas nuevos, sobre los cuales sólo la práctica (y una práctica a largo plazo) permitirá, en definitiva, separar a los partidarios de las diferentes soluciones. Al suprimirse el derecho de formar nuevos partidos, el partido en el poder acaba, inevitablemente, con la democracia dentro de su propio seno. En efecto, esta democracia exige el derecho de tendencia, y ¿cómo no acusar a una

²⁶ A este respecto, véase el interesante estudio de Ossip K. Flechtheim sobre la sociología de la división del movimiento obrero alemán entre el partido socialdemócrata y el partido comunista (1920-1933). Este estudio revela claramente que en el momento en que alcanza la más fuerte implantación obrera —el período 1921-1928—, el partido comunista conquista la preponderancia de las ramas industriales donde los salarios son más elevados y la concentración industrial es mayor, en tanto que el partido socialdemócrata conserva la hegemonía sobre las capas obreras con retribuciones más bajas y mayor dispersión (*Die K.P.D. in der Weimarer Republik*. Europäische Verlagsanstalt, Francfort, 1969, pp. 311-321).

tendencia que lleva a cabo una lucha encarnizada, sobre cuestiones de principio, de ser un nuevo partido en potencia? Pero, al terminar con la democracia interna, todo partido reduce automáticamente la oportunidad de evitar los errores políticos, y prolonga el plazo necesario para corregirlos.

La democracia de los consejos implica el libre acceso a los medios masivos de difusión (prensa, radio, televisión), a los materiales de propaganda, a las salas de reunión, etc., para todos los grupos de trabajadores que respetan la legalidad socialista. Toda la argumentación que Lenin hace acerca de la superioridad de la democracia soviética sobre la democracia burguesa, desde el punto de vista del *ejercicio efectivo* de las libertades democráticas por parte de las masas de trabajadores, está fundada en tales prerrogativas. La idea de que sólo el partido en el poder puede disponer de la prensa y de los medios de difusión masiva, de que sólo dicho partido tiene el derecho de designar a los directores de todos los periódicos y de establecer la censura sobre las informaciones, idea que Brézhnev y sus acólitos en diversos países —incluso en Checoslovaquia— defienden encarnizadamente desde la “primavera de Praga”, se halla en contradicción flagrante con los principios leninistas de la democracia soviética, tal como están formulados en *El Estado y la revolución*. Debe recordarse que Lenin señaló en múltiples ocasiones que aun el problema de saber si los derechos democráticos debían concederse o no a los burgueses no constituye en modo alguno un problema de principio, sino simplemente un problema de relación de fuerzas y de eficacia.²⁷ La idea de excluir del beneficio de este derecho a la mayor parte de los trabajadores debido a que no aprueban la línea momentánea del partido comunista, jamás se le habría ocurrido.

Evidentemente, la aplicación práctica y fiel de los principios de la democracia socialista está en función de la lucha de clases real y no en función de deseos abstractos y buenas intenciones. Cuando su régimen se halla amenazado, la burguesía, aun la más liberal, en numerosas ocasiones suspende las libertades democráticas que avaramente ha concedido al pueblo, establece dictaduras y crea un clima de terror sangriento en contra de los oprimidos. Animados por la voluntad de conservar su libertad recientemente adquirida, los trabajadores se defenderán con encarnizamiento ante las tentativas del capital por restablecer su poder. Entre menos violenta sea esta lucha, el Estado obrero será más estable, las relaciones sociales menos tensas, y las restricciones impuestas al ejercicio de las libertades democráticas para todos los adversarios del nuevo régimen serán menores. El Estado obrero, Estado al servicio de la gran mayoría y que reprime solamente a un puñado de explotadores, deberá, sin embargo, ser un Estado de un género particular, un Estado que, por así decirlo, comienza a desaparecer desde su nacimiento. Se puede con-

²⁷ Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

venir con Mao Tse-tung en que, periódicamente, pueda exacerbarse la lucha de clases durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo; pero que después del logro victorioso de la construcción del socialismo —es decir del nacimiento de una sociedad sin clases— sea necesario todavía un Estado, o que incluso haya de preverse un agravamiento en la lucha de clases —una lucha de clases sin clases—, es un absurdo teórico que sólo un Stalin podía concebir.

8] Pero si la doctrina marxista es tan clara en materia de organización del Estado obrero, está muy lejos de serlo en lo que concierne a la organización de la economía en el periodo de transición. La manera concreta en que la planificación de la economía —que en numerosas ocasiones ha sido proclamada por Marx como el principio básico de la economía socialista— debe articularse con el ejercicio del poder por parte de la clase obrera (bajo un régimen de “productores asociados”) es todavía objeto de controversias. Las múltiples experiencias acumuladas en los diferentes estadios de la evolución de la economía soviética por una parte, y de la economía de los diferentes países que han abolido el capitalismo por otra, presentan un caleidoscopio de soluciones dispares que van de una extrema centralización burocrática, al régimen yugoslavo fundado en una combinación de la autogestión de las empresas y de “la economía socialista de mercado”.

Debe reconocerse que la teoría no proporcionaba muchas indicaciones. Marx ha hecho una breve alusión a las cooperativas de producción donde los asociados mismos nombran a los directores-gerentes. De León sostenía una vaga teoría de los “sindicatos de industria” que organizarían la producción después de la toma del poder. El partido bolchevique, inspirándose en buena medida en ella, confía durante los primeros años después de octubre la gestión de la economía a las organizaciones sindicales.²⁸ Los resultados no fueron nada brillantes e, insensiblemente, se pasó de un sistema de gestión mixta (directores y sindicatos), al sistema de “dirección única”, que fue oficialmente proclamado por Stalin en 1930.

Por otra parte, la idea de hacer de los soviets de fábrica (consejos obreros) los órganos de dirección de la economía, fue defendida por numerosos comunistas de izquierda en el curso de los primeros años después de la revolución de octubre. También los comunistas de izquierda de Europa, sobre todo en Alemania y los Países Bajos, defendieron esta idea.

La actual discusión sobre este problema está polarizada incontestablemente por las dos experiencias extremas, la stalinista y la yugoslava. Desde ambas posiciones se trata de encerrar las variantes posibles de la gestión de las empresas en el siguiente dilema: o bien la autonomía de la empresa cuyos resultados deben juzgarse conforme a un criterio global, el de la rentabilidad financiera (la ganancia) por medio del mercado; o

bien la centralización administrativa de las decisiones estratégicas, lo que implica la imposibilidad de una autogestión obrera.

El argumento según el cual la autogestión necesariamente implica una fuerte descentralización económica y hace necesario recurrir de manera creciente a la “economía socialista de mercado” no es convincente. ¿Por qué habría de ser la autogestión obrera incompatible con una delegación democrática de poderes de decisión, no a instancias administrativas, sino a instancias representativas del conjunto de los trabajadores (congresos nacional, regional y local de consejos obreros, y mañana, sin duda, también congresos internacionales)? En realidad, no es posible tomar válidamente toda una serie de decisiones económicas, a nivel de la empresa individual. Cuando se afirma que los “autogestionarios” son “libres” de tomar esas decisiones, se oculta la mitad de la verdad; esas decisiones después serán “corregidas” por el mercado, y pueden desembocar en resultados opuestos a los buscados por los “autogestionarios”. ¿Dónde reside entonces la diferencia entre una obligación económica que actúa a espaldas de los “autogestores”, y un decreto administrativo hecho sin su conocimiento? ¿Acaso ambos procedimientos no son de hecho equivalentes e igualmente enajenantes? ¿Y acaso la verdadera solución socialista y democrática no consiste en hacer tomar esas decisiones, de manera consciente, por el congreso de consejos obreros a todos los niveles en que esas decisiones puedan ser tomadas válidamente (es obvio que toda una serie de decisiones pueden ser tomadas en el seno de una empresa y aun en el seno del taller y de los departamentos individuales)?

Tampoco es cierto que la única fuente o que la fuente principal de la burocratización del poder omnipotente de la burocracia, sea el control centralizado del plusproducto social de que ésta dispone dentro del marco del sistema de planificación burocrática. La fuente fundamental del poder de la burocracia reside en la división social del trabajo, es decir en la falta de conocimientos, competencias, iniciativas, de cultura y actividad social por parte de los trabajadores. Es indudable que esto es resultado del pasado y del cerco capitalista, resultado del desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas. Pero todos los factores que tienden a desalentar a los trabajadores y a rebajar su conciencia de clase, amenazan con acrecentar su pasividad y con acentuar el dominio de la burocracia sobre la gestión de la economía y sobre el plusproducto social. Este dominio puede efectuarse dentro de un sistema de gestión descentralizada, por intermedio del mercado, y puede hacerse de manera tan eficaz como dentro de un sistema de centralización administrativa. Y entre los factores que acentúan la falta de estímulo para los trabajadores, no sólo debe citarse la ausencia de participación real en la gestión de las empresas (que evidentemente es un factor real de enajenación), sino también el acrecentamiento de la desigualdad social; la comercialización universal de la vida social y la reificación de todas las relaciones humanas que

²⁸ Véase en esta antología el texto de Karl Rádek.

se deriva de ello; la acentuación de la competencia entre diferentes grupos obreros; la desintegración de la solidaridad colectiva; la reaparición del paro; y muchas otras consecuencias inevitables de "la economía socialista de mercado", tal y como se desarrolla actualmente en Yugoslavia.²⁹

Los marxistas son partidarios resueltos de la autogestión obrera de la economía, pero están convencidos de que los dirigentes yugoslavos han hecho el peor servicio posible a la causa de la autogestión al combinar abusivamente el concepto de autogestión con el de "la economía socialista de mercado". La verdadera desproletarización del trabajo no sólo exige la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y de la gestión burocrática de la economía, sino también la desaparición de las relaciones mercantiles y de la división social del trabajo. Se trata de procesos que no pueden realizarse, al igual que ocurre con la desaparición del Estado, de un día a otro. Pero de la misma manera que la duración de este proceso no puede ser pretexto para posponer su iniciación para las calendas griegas, tampoco es lógico tratar de retardar la iniciación de la desaparición de las relaciones mercantiles, bajo el pretexto de que este proceso no terminará hasta que pueda garantizarse la abundancia de los bienes y servicios esenciales para todos.

En realidad, la autogestión obrera, en tanto que proceso de desenajenación de las relaciones de producción, debe ejercerse *simultáneamente a todos los niveles* en que el productor continúa siendo víctima de relaciones económicas enajenantes. La autogestión implica pues que sean tomadas, al nivel de la fábrica, con la participación consciente de todos, por consejos obreros democráticamente electos, todas las decisiones de gestión que sean aplicables en la fábrica, independientemente de las interferencias externas. La autogestión implica que, para todas las relaciones entre la empresa y el exterior, en donde se imponen decisiones de coordinación, estas decisiones se tomen conscientemente, por congresos electos por los consejos obreros. Implica la desaparición de la estructura jerárquica de la empresa y la reducción de las relaciones mercantiles, con un número creciente de bienes y servicios que se distribuyen conforme al principio de satisfacción de las necesidades (sin que intervenga el dinero), según las

²⁹ Esto es lo que se obstinan en negar los apologistas más fanáticos de la burocracia yugoslava y por eso acaban haciendo formulaciones verdaderamente grotescas. Por ejemplo, un partidario de la "economía socialista de mercado", en el periódico *Student* (18 de marzo de 1969), se opone a la aplicación estricta del principio de la retribución según la cantidad de trabajo aportado a la sociedad, afirmando que este principio "ignora las diferencias de talento [sic] y de contribuciones. Semejante reivindicación conduce a la formación de una fuerza administrativa y burocrática todopoderosa por encima de la producción y por encima de la sociedad, fuerza que instaura una igualdad artificial [re-sic] y superficial, y cuyo poder conduce a la necesidad, a la desigualdad y al privilegio". La burocracia nace de la instauración de la igualdad: es verdaderamente el colmo para cualquiera que pretenda inspirarse en el marxismo.

prioridades democráticamente establecidas por las propias masas trabajadoras. También implica que en toda una serie de terrenos (enseñanza, cultura, esparcimiento, salud, urbanismo) deliberadamente se abandonen los criterios de "rentabilidad" en favor de criterios de servicios públicos y criterios de utilidad social.³⁰ Es obvio que la capacidad de una economía en transición del capitalismo al socialismo para realizar plenamente estos principios depende de su riqueza relativa. Pero la capacidad para iniciar su cumplimiento está presente en cualquier nivel en que se encuentre la economía en transición.

9] Una de las variantes neomarxistas de la doctrina de los consejos obreros que defienden actualmente los teóricos yugoslavos, es aquella que constituye una justificación, apenas velada, de la realidad contradictoria de Yugoslavia, según la cual los trabajadores no serían o no deberían ser capaces de ejercer el poder directamente más que en el dominio de la economía, a través de la autogestión de las empresas. En el Estado, el poder debía pertenecer a las "fuerzas conscientes" de la sociedad, es decir, a la Liga de los Comunistas de Yugoslavia. Los defensores más hipócritas de esta teoría afirman que, aun en la sociedad en su conjunto, no hay lugar para crear nuevas estructuras políticas puesto que "el Estado se extingue", aunque sería difícil objetar que su extinción se halla lejana. ¿De otro modo por qué, entonces, los consejos obreros no habrían de disponer del poder que la teoría marxista leninista siempre ha previsto para los soviets? Los teóricos yugoslavos oficiales nunca han explicado esto de manera satisfactoria.

De hecho, la contradicción más notable del sistema yugoslavo es la contradicción que existe entre la autogestión que se proclama como principio básico de la economía, y las estructuras políticas que están lejos de fundarse en el ejercicio directo del poder por parte de los trabajadores. Ya hemos visto que en las condiciones de descentralización económica excesiva, de utilización abusiva de los mecanismos de "la economía socialista de mercado", de integración creciente de la economía yugoslava dentro de la economía capitalista internacional, la autogestión de los productores a nivel de la empresa corre el riesgo de verse vaciada de su contenido. Por otra parte, hemos señalado que una verdadera autogestión económica sólo es posible en el nivel de la economía en su conjunto (por un congreso de los consejos obreros). Pero ahora debemos señalar otra

³⁰ "Esta lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo se hizo aún más furiosa, porque —dejando a un lado la avaricia alarmada— de lo que se trataba era de decidir la gran disputa entre la dominación ciega por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la economía política burguesa, y la producción social controlada por la previsión social, contenido de la economía política de la clase obrera": Marx, "Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores", *Obras escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 368. El subrayado es mío.

noción: ninguna autogestión puede ser real si se encierra exclusivamente dentro del dominio de la "vida de las empresas" (tanto tomadas separadamente, como reunidas en un conjunto coherente).

Las interferencias entre la "economía" y la "política" son muy numerosas en la época de la transición del capitalismo al socialismo (además, también van creciendo en la época del neocapitalismo). El término "política económica" las expresa de manera bastante clara. Los consejos obreros bien pueden disponer de una parte del plusproducto social creado en el seno de la empresa; mas la política económica del gobierno (su política fiscal, su política de crédito, su política monetaria, su política comercial, su política exterior, etc., etc.) puede modificar de un día para otro las condiciones en que este plusproducto debe "realizarse", y, por tanto, tanto su cantidad como su calidad. Una vez más, esta operación semeja más un camuflaje, que una "desenajenación" verdadera.

Por lo demás, un congreso de consejos obreros no puede válidamente tomar en sus manos el derecho de decisión en materia del plan, de la distribución del ingreso nacional, y de las inversiones (del crecimiento económico), sin reivindicar igualmente el derecho de decisión en todos los dominios que influyen de manera apreciable en las tendencias del desarrollo económico que acabamos de enumerar en el párrafo anterior. Y si dicho congreso de consejos obreros no obtiene el derecho de decisión, se instaura, en el seno de la sociedad, una verdadera y peligrosa "dualidad de poder". Y en caso de que lo obtenga, ¿cuáles son entonces las funciones que quedan por desempeñar a otros organismos representativos centrales, aparte de aquéllas de limitarse a los dominios específicos (cuestiones culturales, problemas de la enseñanza y de la salud pública, etc.) donde puedan desempeñar un trabajo útil? Pero este trabajo se halla en contradicción con las pretensiones de tipo parlamentario, y además justificaría una representación privilegiada de ciertos grupos sociales, a fin de favorecer al máximo la fusión de las funciones legislativas y las funciones ejecutivas.

Dado que las decisiones económicas claves atañen a los problemas económicos fundamentales, una verdadera autogestión, aun al nivel de la empresa, exige el derecho de los "autogestionarios" a ocuparse activamente de "política económica" al nivel nacional, es decir de política simplemente. Esto presupone el derecho de cada consejo obrero a oponer contraproposiciones a los proyectos gubernamentales en materia de política económica; de buscar aliados en todo el país sobre esta base; de informar a la opinión pública sobre la alternativa con la que está confrontada su proposición, etc., etc. Así pues, una verdadera autogestión exige el respeto a los principios de la democracia socialista dentro del dominio político, respeto que no existe en modo alguno en Yugoslavia.³¹

³¹ Un ejemplo al respecto ha sido la reciente supresión del periódico estudiantil *Student*.

En ausencia de esta democracia socialista, la autogestión en gran medida se burocratiza y se vacía de su contenido emancipador. Y como ningún debate público puede producir una información clara si no existen tendencias *organizadas*, la ausencia del derecho para organizar otros partidos dentro de la constitución socialista (así como la falta de derecho de tendencia en el seno de la LCY) contribuye aún más para vaciar de su contenido a la autogestión.

El remate teórico de todas estas contradicciones y deformaciones del sistema de autogestión en Yugoslavia, reside en la tesis según la cual las relaciones de producción que se trataría de modificar se reducen en último análisis a la distribución del ingreso en el seno de la empresa.³² La autogestión sería, fundamentalmente, el derecho de los trabajadores a votar sobre esta distribución; lo demás sería un asunto de los técnicos y del mercado. Es ocioso insistir en el hecho de que se trata de una ideología típicamente tecnocrática que poco tiene en común con el marxismo. Las relaciones de producción no conciernen ante todo a la distribución del ingreso sino a la forma en que la producción está organizada. La distribución del ingreso, en tanto que fenómeno económico "esencial", presupone el mantenimiento del salario y de la economía de mercado, y presupone que la organización del trabajo, el valor de uso que se produce, el objeto de la producción, se sustraen en gran medida a la determinación de los trabajadores y la enajenación persistente de éstos se acentúa.

Llevada hasta sus últimas conclusiones, la "economía socialista de mercado" amenaza con minar la autogestión obrera incluso en su forma limitada, tal como se practica en Yugoslavia desde 1950. La presión de los tecnócratas, los directores y los elementos burocratizados que se hallan en el seno de las empresas, actúa claramente en este sentido. Estos elementos se esfuerzan por desplazar todo poder de decisión en materia de organización del trabajo y de la producción hacia instancias exteriores a los consejos obreros, al parecer las únicas "competentes" para resolver estos problemas, bajo el pretexto de que los obreros no son "expertos". La supresión de hecho del consejo de gestión, las proposiciones de contratos a largo plazo entre el consejo obrero y el director, que dan poderes plenos a este director en materia de gestión cotidiana durante todo el periodo de duración del contrato, incluso la posibilidad de reducir al consejo obrero a un simple órgano de repartición del ingreso de la empresa, son etapas ya concretas de una tendencia al desmantelamiento de la autogestión obrera, que es la consecuencia lógica de la "concurrentia socialista", piedra angular de la "economía socialista de mercado".

Pero esta crítica tan señalada a las desviaciones del marxismo por parte de los yugoslavos que acabamos de hacer no debe, en modo alguno, hacernos perder de vista el hecho de que la introducción del sistema de

³² Véase el texto de Dusan Bilandzic en esta antología.

autogestión de las empresas en Yugoslavia ha creado condiciones mucho más propicias para el advenimiento de un verdadero poder de los trabajadores, que en cualquier otro país de los que han abolido el capitalismo. Se trata de una crítica que debe permitir a los trabajadores revolucionarios liberarse del dilema "o hipercentralización stalinista, o economía socialista de mercado al estilo yugoslavo", al apreciar en su justo valor las experiencias yugoslavas de la autogestión, fundamentos a partir de los cuales nuevas revoluciones y otros Estados obreros proseguirán la búsqueda de un modelo válido de organización económica en la época de la transición del capitalismo al socialismo.

10] Las transformaciones que ha experimentado la sociedad burguesa por la tercera revolución industrial han sido múltiples; el peso específico del campesinado y de las viejas clases medias se ha reducido nuevamente, hasta el punto de hacerse insignificante en varios países; la importancia de las profesiones liberales y de las "nuevas clases medias" casi no ha desbordado el margen que ya había adquirido en la víspera de la gran crisis económica de 1929-32; el número de personas asalariadas y sujetas a sueldos, forzadas a vender su fuerza de trabajo, aumenta constantemente. Contrariamente a una leyenda difundida con tenacidad, la cohesión interna de esta masa enorme —entre el 70 y el 85% de la población activa en la mayor parte de los países industrialmente más avanzados— se acrecienta y no se reduce. Tanto las diferencias en la remuneración, como las diferencias en el status social existentes entre obreros manuales, empleados de oficina y funcionarios pequeños y medios, han disminuido en relación a las que existían a comienzos de siglo o a comienzos de los años 30. Y las transformaciones tecnológicas impuestas por la tercera revolución industrial implican que incluso la naturaleza de la tarea ejecutada dentro de la fábrica semiautomatizada por un equipo volante de obreros de mantenimiento polivalentes, por un contador que trabaja con ayuda de computadoras, y por el técnico que instala una nueva máquina, tiende singularmente a uniformarse.

Los resultados de esta homogeneización creciente del trabajo asalariado se han puesto de manifiesto en la explosión de mayo de 1968 en Francia y en las huelgas generales de 24 horas que han sacudido a Italia en el año que ha transcurrido desde entonces. El número de huelguistas ha superado todo lo que se había conocido en el pasado (10 millones en Francia y casi otro tanto en Italia). La participación de empleados, funcionarios, maestros, incluidos los cuadros, ha sido muy importante. En el caso de los obreros, esta participación no se ha limitado, en modo alguno, a demandar mejoras en la remuneración y en las condiciones de trabajo. Las demandas se han extendido hasta reivindicaciones que han dado a estas luchas un profundo sentido de impugnación, de desafío a las propias relaciones capitalistas de producción: impugnación de la

estructura autoritaria de las fábricas, de las oficinas, de los talleres, de las empresas de servicios. Se trata de una impugnación del derecho del capital y de su Estado a disponer libremente de los hombres y las máquinas.

Ya se ha señalado que los estudiantes recogieron de la tradición marxista revolucionaria reivindicaciones como la de "control estudiantil", la de "poder estudiantil", la de "autogestión" de las escuelas y las universidades. En el mayo revolucionario en Francia, ha sido notable el hecho de que reivindicaciones análogas se hayan difundido en los medios "periféricos" de la vida económica propiamente dicha, pero cuya importancia no puede sino acrecentarse en la etapa actual de desarrollo de las fuerzas productivas: médicos y personal de los hospitales; actores y personal de espectáculos; periodistas de la prensa escrita y de radio y televisión; investigadores y sabios, etc.⁸⁵

Esto es resultado de varias tendencias históricas profundas cuya importancia debe captarse plenamente para la lucha en favor del socialismo. La tercera revolución industrial implica una reintegración masiva del trabajo intelectual al proceso de producción bajo la forma de trabajo asalariado. Ésta es la base objetiva de alianza entre los obreros y los estudiantes e intelectuales, los cuales, cada vez en mayor medida, dejan de ser pequeños burgueses, y, de aprendices de burgueses, se transforman, cada vez más, en aprendices de trabajadores intelectuales asalariados. Pero esta reintegración del trabajo intelectual al proceso de producción implica, en una sociedad donde la fuerza de trabajo sigue siendo más que nunca una mercancía, que el trabajo intelectual sufre todas las consecuencias objetivas y subjetivas de esta proletarianización: división del trabajo; hiperespecialización y parcelización cada vez más acentuada de las tareas; subordinación brutal de los talentos y las necesidades individuales a las "necesidades sociales", que se confunden con las necesidades de ganancia del capital; enajenación creciente del trabajo intelectual, etc. He ahí la base objetiva de la revuelta universal de los estudiantes a la cual pueden adherirse capas enteras de intelectuales y que aporta al movimiento obrero revolucionario aliados de un valor considerable no sólo en la lucha para derrocar al capitalismo, sino también en la de construir una sociedad fundada en la autogestión planificada de los productores asociados.

Sin embargo, la diferente naturaleza de trabajo que crea la base material de existencia de los hombres, y la actividad que esencialmente se limita a dominios fuera del dominio de la producción material, implica diferencias sustanciales en la organización de la gestión mientras no se alcance la abundancia y mientras la distribución de los bienes y servicios conforme a las necesidades de todos los individuos no se haya generalizado.

⁸⁵ Véase *Des soviets à Saclay?* Ed. Maspero, París, 1968.

zado. La autogestión significa, en último análisis, que serán los mismos productores quienes decidirán la amplitud de su esfuerzo y de los sacrificios en el consumo que están dispuestos a consentir, por tanto tiempo como sea necesario hacer elecciones para el empleo de recursos escasos. Pero cuando se trata de extender este principio a dominios tales como la enseñanza, los hospitales o los medios masivos de difusión, no debe olvidarse que se trata no ya de recursos materiales que van a emplear aquellos que los han creado, sino del empleo de recursos materiales puestos a disposición de estos sectores por el resto de la sociedad. Es evidente que la sociedad debe conservar un derecho de vigilancia y control sobre el empleo de estos recursos mucho mayor al derecho que se arrogará sobre el empleo de los recursos puestos a disposición de las fábricas individuales.

El caso de la prensa y de la radio y televisión es más claro a este respecto. Frente a los patrones capitalistas o frente a un Estado que "manipula" cínicamente las informaciones, los periodistas tienen plena razón de reclamar derechos de control y de defender su autonomía; mas no debe olvidarse que los trabajadores impresores tienen también intereses y derechos que merecen la misma atención que los de los periodistas. Pero en una sociedad poscapitalista fundada en una amplia democracia socialista, sería obviamente absurdo hacer de los periodistas los árbitros de lo que se debe y de lo que no se debe difundir. La lógica de la democracia socialista exige en este caso la extensión al conjunto de la sociedad (a todo grupo de ciudadanos trabajadores que excedan ciertos límites numéricos sucesivos) del acceso a los diferentes medios de información, y no el monopolio de acceso o gestión a aquellos que integran una sola profesión.

Por esto es que la extensión de las consignas de "control" y de "autogestión" en estos dominios debe manejarse con prudencia, teniendo en cuenta las diferentes situaciones estructurales que hemos esbozado. Pero de todos modos es un hecho que la abolición de las estructuras autoritarias está plenamente justificada en todos estos dominios, y que el replazamiento de la jerarquía impuesta por formas de organización que se inspiren en los principios de los consejos —elección, revocabilidad, control permanente de la cúspide por parte de las bases; asociación al ejercicio de funciones dirigentes al mayor número posible de trabajadores; desarrollo de la iniciativa creadora de las masas, etc.— puede considerarse un objetivo revolucionario socialista perfectamente legítimo.³⁴ La idea de la sociedad socialista como un vasto conjunto planificado y cons-

³⁴ A este respecto debe destacarse que la formación de "consejos de escolares" y de "consejos de estudiantes" se difundió considerablemente en la revolución rusa en 1918, y en especial en la revolución húngara. Véase *Die Jugend der Revolution*, Verlag der Jugend-Internationale, Verlag Junge Garde, Berlín, 1921, pp. 202, 212-223.

cientemente dirigido de productores y de ciudadanos que se administran ellos mismos, representa la esencia misma del marxismo.

11] Finalmente, es necesario dilucidar un problema que es objeto de controversia: ¿cuáles son las relaciones entre las actividades de las masas trabajadoras que se esfuerzan por tomar en sus manos la organización de su propio destino —mediante la lucha en favor del control obrero y la autogestión obrera, y a través de la creación de consejos obreros— y el esfuerzo por construir partidos revolucionarios de vanguardia? La experiencia del aplastamiento, por parte de la burocracia, de la democracia de los consejos en la URSS y los países bajo su influencia, ha hecho que, dentro de ciertas tendencias de vanguardia, se dé crédito a tesis que la experiencia histórica había rechazado en numerosas ocasiones. Por tanto, nos interesa reafirmar con fuerza aquello que constituye lo adquirido por la teoría marxista leninista en este terreno.

Las raíces objetivas de la necesidad de partidos revolucionarios de vanguardia son tres: el carácter parcial y parcelario de la experiencia que pueden adquirir, tanto de la sociedad burguesa como de la lucha de clases, los colectivos de obreros de empresa o de localidad (carácter que resulta en definitiva de la división capitalista del trabajo y de sus consecuencias sobre la conciencia elemental a la cual puede acceder el trabajador que se halla sometido a ella); la diferenciación ideológica inevitable de la clase obrera, diferenciación que resulta tanto de las diferencias en las tareas y en los orígenes sociales, cuanto de factores que se derivan de la superestructura (influencia familiar, formación en la escuela, diversas influencias ideológicas sufridas etc.); el carácter discontinuo de la actividad política de las masas, la periodicidad de los ascensos revolucionarios.

Por esas tres razones, la vanguardia se separa inevitablemente de la clase. La constituyen los elementos que, por un esfuerzo individual, logran superar el carácter parcial y fragmentario de la conciencia de clase a la que acceden las masas. La vanguardia permite fundir, en una experiencia única infinitamente más rica, las experiencias parciales de luchas revolucionarias realizadas en diversas épocas y en diversos países, generalizando de este modo esas experiencias en una concepción teórica científica de conjunto: el programa marxista revolucionario. La vanguardia, en fin, reúne a los individuos que, por conciencia, temperamento, capacidad de sacrificio, autoidentificación con la causa de su clase, mantienen un alto nivel de actividad incluso en las fases de descenso de la lucha de las masas.

Aunque no fuere sino esta última razón, se justifica la existencia de la organización revolucionaria de vanguardia a fin de favorecer el futuro ascenso revolucionario. En las fases de descenso en la lucha, esta organización conserva las adquisiciones teóricas, impide que la idea de los consejos obreros se pierda en el olvido y la desmoralización, educa a

una nueva generación en las adquisiciones del pasado, difunde el programa contra viento y marea entre los estratos más amplios. Casi no es necesario insistir en el hecho de que la posibilidad de que se generalicen los consejos obreros se ve acrecentada gracias a esta actividad.

La organización revolucionaria de vanguardia es indispensable para asegurar la victoria de la revolución. Ésta exige una concentración de esfuerzos, una conciencia de la madurez de condiciones específicas, un análisis minucioso de los preparativos y de las intenciones del adversario, la elaboración de una verdadera ciencia de la revolución a la cual las masas en su conjunto apenas si pueden acceder. Se ha visto estallar un gran número de revoluciones espontáneamente, pero no se ha visto una sola que haya triunfado espontáneamente.

Finalmente, la organización revolucionaria de vanguardia constituye también un instrumento indispensable para combatir los riesgos de deformación burocrática del nuevo poder. Suponer que la sola autogestión constituye una garantía suficiente contra tales deformaciones, es no comprender cuál es su origen profundo, a saber: la supervivencia de la división social del trabajo y de la economía mercantil en el periodo de transición del capitalismo al socialismo. Los conflictos de intereses seccionales, profesionales, regionales, entre diferentes grupos de productores, son absolutamente inevitables en este periodo. Es una ilusión suponer que el simple proceso democrático (el voto) dará automáticamente la mayoría a las tesis que reflejan mejor los intereses de conjunto de la clase. Su triunfo sólo es posible a través de una lucha política e ideológica constante, merced a una elaboración política que tal lucha no puede sino favorecer. La estructuración orgánica de las tendencias en organización y partidos permite clarificar el debate; la confrontación confusa de un gran número de individuos sin organización, sólo facilita la empresa de los demagogos o de las agrupaciones privilegiadas.

No existe ninguna contradicción entre la necesaria espontaneidad de las masas y la función de una organización revolucionaria de vanguardia. La organización de vanguardia guía a dicha espontaneidad en los periodos de ascenso y prolonga la lucha en los periodos de reflujo. Aún menos contradicción existe entre la democracia socialista de los consejos, el pleno ejercicio de la soberanía por parte de los consejos obreros y su congreso, y la actividad de una organización revolucionaria de vanguardia. La organización de vanguardia permite articular la espontaneidad y facilita en definitiva el ejercicio del poder por parte del proletariado al precisar las opciones sobre las cuales debe llevarse a cabo este ejercicio. Asimismo, la existencia de una internacional revolucionaria permite integrar en un todo coherente la elaboración teórica y práctica de los movimientos de vanguardia nacionales, integración irrealizable sin organización y absolutamente indispensable en una época de

internacionalización cada vez más acentuada de todos los aspectos de la vida social.

Lo que es necesario combatir son los dogmas según los cuales todo grupo autoproclamado de vanguardia adquiere privilegios materiales y políticos por el solo hecho de esta autoproclamación. Por lo que hace a los privilegios materiales, de todas maneras se suprimen, y, en cuanto a los privilegios políticos, el único que los revolucionarios tienen derecho a exigir es el de batirse en la primera fila del combate por los intereses de su clase, el de consagrar a la actividad social una parte del tiempo de su vida mucho mayor que el que consagran los otros trabajadores. Esto no puede otorgar ningún derecho suplementario, pero indudablemente brinda la posibilidad de influir y convencer a sus compañeros y a sus conciudadanos. En una democracia socialista, esta posibilidad está abierta a todo el mundo. Y si puede hablarse de una selección, ésta no es sino una selección a través de la praxis. Por lo demás, es en la medida en que las masas acaban por aceptar las orientaciones de la organización revolucionaria, que ésta se transforma de una vanguardia autoproclamada, en una verdadera vanguardia.

Quienes rechazan la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia en nombre de la espontaneidad de las masas o que incluso quisieran prohibir su creación a nombre de la soberanía de los consejos, en realidad imitan los errores de los partidarios stalinistas del partido único, que rechazan la soberanía de los consejos obreros en nombre de una pretendida sabiduría universal que el partido encarnaría automáticamente. En ambos casos, existe una antinomia entre el deber de persuasión y de dirección política de la vanguardia y la actividad de las masas organizadas. Para el marxismo-leninismo, al contrario, esta antinomia no está demostrada. La necesidad de un partido de vanguardia se concibe como un complemento necesario e indispensable de la organización de las propias masas en los consejos obreros. Marx y Engels la habían ya expresado suficientemente en la época del *Manifiesto comunista*, y no hay nada que agregar a esta doctrina:

Los comunistas no tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario. Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases del desarrollo porque pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto. Prácticamente, los comunistas, son pues el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa

adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los objetivos generales del movimiento proletario.³⁵

Ernest Mandel
1º de mayo de 1970.

³⁵ C. Marx, F. Engels: *El manifiesto comunista*, en *Obras escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1966, pp. 31-32.

I LAS FUENTES